

Sobre la transición del sistema antiguo al feudal: una revisión arqueológica del Altomedievo hispano

JOSÉ AVELINO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ



RESUMEN:* El propósito de estas líneas es esbozar algunas líneas de investigaciones sobre las aportaciones de la arqueología al debate sobre la transición entre el sistema antiguo y el feudal en la península ibérica. Más que un completo estado de la cuestión y una exhaustiva reseña de la bibliografía, pretendemos resaltar algunas preocupaciones e interrogantes históricos actuales frente a tradicionales temas de investigación. Así, contrastamos las líneas de trabajos clásicos (enterramientos, iglesias, castillos, metalistería, cerámicas, etcétera, desde época visigoda a medieval) con las recientes perspectivas historiográficas y métodos interdisciplinares en el estudio sobre la transición y evolución de las sociedades antiguas a la formación de las estructuras feudales: el estudio

ABSTRACT: The aim of this paper is to reveal the current state of knowledge of this subject in Spain, although recognising the complexity entailed in summarising such a broad period and such a heterogeneous area. In addition, attempting to give an account of the different trends means running the risk of excluding many specific contributions in favour of more general summaries. Therefore, rather than giving an exhaustive report of the background and initial research we aim to show the current research lines, as well as to make a critical balance and some proposals for the future.

First, we will review and briefly report the current situation regarding the subjects of traditional research on the Late Antiquity period in the Iberian peninsula, mainly the Visigothic settlement, that was theorised based on the funeral findings found in necropolis from the early 20th, as well as religious monuments, that were studied from an artistic rather than an archaeological perspective at around the same time. Then, we will go on to focus on more pressing aspects for more recent historiography, such as the transition between the Ancient and the Medieval world. In line with the renovation of this historical debate in the European context, the transformation of the socio-economic structures is beginning, in the last few decades, to also be studied from the archaeological register, adding to the theoretical debate anticipated by the Antiquity historians -on the fall of the Roman Empire- and

del poblamiento, la organización territorial y las estructuras socioeconómicas alcanzan así su pleno desarrollo en las investigaciones arqueológicas.

PALABRAS CLAVE: arqueología, historiografía, Antigüedad tardía, Altomedievo, feudalismo, sociedad, poblamiento, territorio.

* Este trabajo fue realizado en 2004 en el marco de los proyectos de investigación Naturaleza y evolución de las estructuras de poder en la primera Edad Media asturiana (DGI, Ref. MCT-02-BHA-04170-C0503) y Formas de ocupación rural en el cuadrante noroccidental de la Península Ibérica. Transición y desarrollo entre las épocas romana y medieval (MEC, DGI HUM2004-04010-C02-02/HIST).

of the Middle Ages -on the formation of feudalism. In this sense, studies on the transition between Late Antiquity (4th to 7th Centuries) and the Early Middle Ages (8th to 10th Centuries) have taken on great importance, with questions being considered such as the continuity, breakdown or degree of transformation in the different social formations, and for which the archaeological register can offer some answers. Added to the traditional subjects (cemeteries and churches), that were interpreted from a reductionist perspective to value the Germanic presence and superiority, are others such as the transformation of urban areas, changes in the settlements and territorial occupation, or the new forms of production organisation. In this way, the perspectives from which to analyse the population structures, agricultural or craft production, as well as products (pottery, metalwork, etc.) take on a new dimension, far removed from normativism and set within the framework of the current lines of the debate on the transition. In the same way, with this the importance of the Visigothic period has been clarified and its importance played down and, in particular, the date 711 as an impassable barrier between the two periods, two worlds and even two different and independent academic specialities.

KEYWORDS: archaeology, historiography, Late Antiquity, Early Middle Age, feudalism, society, settlement, territory.

La inauguración de una nueva publicación periódica nos proporciona la oportunidad de mostrar el estado de conocimientos sobre esta cuestión, a modo de enunciado de algunos problemas e interrogantes en vías de estudio por los grupos de investigación aquí representados, además de por un número, cada vez mayor, de investigadores que desde distintos ámbitos tratan de ofrecer algunas respuestas a la evolución de las sociedades antiguas y la conformación de las estructuras socioeconómicas feudales en la península ibérica.

Reconociendo la complejidad y la dificultad que supone dar cuenta de todos los aspectos que tienen cabida en el debate histórico, pretendemos tan solo apuntar algunas ideas sobre las aportaciones desde la arqueología. Además, intentar dar cuenta de las diferentes tendencias supondría asumir el riesgo de excluir muchas aportaciones particulares en favor de síntesis más generales.¹ Por otra parte, más que relatar extensamente los antecedentes y primeras investigaciones arqueológicas altomedievales —ya expuestos en anteriores ocasiones—,²

pretendemos mostrar las actuales líneas de trabajo, así como un balance crítico y algunas propuestas.

En primer lugar revisaremos y expondremos someramente la situación actual respecto a los temas que fueron objeto de investigaciones tradicionales sobre la época tardoantigua hispana, principalmente el asentamiento visigodo, que fue teorizado a partir de los hallazgos en necrópolis desde comienzos del siglo xx, así como los monumentos religiosos, que fueron estudiados con una perspectiva más artística que arqueológica por los mismos años. Posteriormente nos centraremos en aspectos más acuciantes para la historiografía más reciente, como es la transición entre el mundo antiguo y el medieval. En sintonía con la revitalización de este tema en el contexto europeo, la transformación de las estructuras socioeconómicas está comenzando, en las últimas décadas, a ser estudiada también desde el registro arqueológico, con lo que se suma a la discusión teórica anticipada por historiadores de la Antigüedad —sobre la disolución del Imperio romano— y de la Edad Media —sobre la formación del feudalismo. En este sentido, aun manteniéndose las especialidades y especialistas en ambas épocas, han cobrado gran vitalidad los estudios

¹ Recientes trabajos, síntesis y revisiones generales sobre la transición y orígenes del feudalismo, especialmente en lo referente a sus aspectos políticos y estructura social, pueden verse en obras colectivas como las reunidas por Malpica y Quesada (1994), Loring (1997), Estepa, Plácido y Trías (1998), Hidalgo, Pérez y Gervás (1998), Bournazel y Poly (1998), *El feudalismo* (2000), *Les féodalités* (1998), *La Península Ibérica* (2001).

² Véanse exposiciones como las de Palol (1986 y 1991), Alonso Sánchez (1991) u Olmo Enciso (1991 y 1992) para el estado de conocimientos sobre la época visigoda; Riu Riu (1986, 1989 y 1997), Matesanz Vera (1991), Francovich (1993), Izquierdo Benito (1994), Bohigas Roldán (1999), Villanueva Zubizarreta (1999) o Gutiérrez (2000) para la época altomedieval. En ellas

pueden encontrarse amplios estados de la cuestión y bibliografía, que nos excusan de realizar una exhaustiva colección bibliográfica. Así, nos centraremos principalmente en las recientes aportaciones de la última década. En la lista bibliográfica ofrecemos así algunos títulos, entre los que damos prioridad a los más recientes y generales en detrimento de un gran número de otras valiosas contribuciones más puntuales. Estas podrán encontrarse en las obras colectivas que se incluyen de forma abreviada.

sobre la transición, y se plantean interrogantes como la continuidad, ruptura o grado de transformación en las distintas formaciones sociales, y a los cuales el registro arqueológico puede ofrecer algunas respuestas. A los temas tradicionales (cementeros e iglesias), que eran interpretados desde una óptica reduccionista y positivista para valorar la presencia y preponderancia germánica, han venido a sumarse otros como la transformación de los espacios urbanos, los cambios en la red de poblamiento y ocupación del territorio o las nuevas formas de organización de la producción. De esta forma, las perspectivas con que se analizan las estructuras de población, la producción agraria o artesanal, así como los productos elaborados (cerámicas, metalistería, etcétera) cobran una nueva dimensión, alejada del normativismo y encajada en las líneas actuales sobre la transición. Del mismo modo con ello ha ido matizándose y relativizándose el protagonismo visigodo y, sobre todo, la fecha del 711 como barrera infranqueable entre dos épocas, dos mundos e incluso dos especialidades académicas ajenas e independientes.

LOS ESTUDIOS SOBRE LA TARDOANTIGÜEDAD
DE LA ARQUEOLOGÍA PANGERMANISTA
A LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

Si bien la arqueología medieval hispana está todavía en una fase de desarrollo, la arqueología de la época visigótica cuenta —como en el resto de Europa— con una larga tradición de estudio que condiciona aún en gran medida su presente. La atención prestada desde la arqueología clásica y posclásica a las migraciones germánicas, acorde con una línea de investigación filogermanista, fue especialmente fecunda en el periodo de entreguerras europeo e hispano.³ Esa tendencia hiperdifusionista y pangermanista animó la excavación de extensas necrópolis del interior hispano (Piña de Esqueva, Herrera de Pisuegra, Duratón, Carpio del Tajo, etcétera, a cargo de C. de Mergelina, J. Martínez Santeda, entre otros), así como la metalistería (broches,

fíbulas, jarritos...) y otros ajuares (cerámica, cuentas de collar...) que frecuentemente las acompañan. El interés por demostrar el predominio de un grupo étnico y su extensión territorial —con base en los hallazgos funerarios— encontraba su asiento en los círculos historiográficos hiperdifusionistas de la época (H. Zeiss, W. Reinhart...).

Con todo, la distribución y valoración de la presencia germánica en sus diversos aspectos (necrópolis rurales, arquitectura urbana y religiosa, mobiliario cerámico, metálico, escultórico, numismático, etcétera) fue ya valorada, recopilada y cartografiada por Palol (1966 y 1967).

Precisamente sería Palol quien realizaría una importante revisión historiográfica a mediados del siglo xx, al replantear los principios asentados sobre el predominio visigodo en Hispania. Frente a la minoritaria presencia en algunas necrópolis del interior peninsular —que habían servido a Reinhart para magnificar el asentamiento visigodo—, Palol muestra y enfatiza el sustrato demográfico y cultural hispanorromano en la arquitectura y otras manifestaciones plásticas de la época; desde entonces el concepto «hispanovisigodo» prevalece sobre el arraigado hasta entonces, «visigodo», para definir la base social y material hispana tardoantigua.

En las últimas décadas del siglo xx se ha ido, pues, desvaneciendo el anterior énfasis en el carácter germánico de los enterramientos y los ajuares y adornos que los acompañan (Zeiss, Reinhart); así, Hubener ya en los años setenta puso de manifiesto los problemas cronológicos y metodológicos de las antiguas exhumaciones de necrópolis, así como la no aceptación de una diferenciación racial basada en los ajuares. En los ochenta y noventa Ripoll López (1985 y 1998), revisando los materiales de necrópolis como la de El Carpio de Tajo, mostraba las carencias metodológicas (desaparición de los yacimientos excavados, ausencia de estudios antropológicos, dificultades para obtener referencias estratigráficas y cronológicas, etcétera) que impedían responder a interrogantes más actuales, como la organización espacial de los cementeros, su relación con la estructura social, caracteres físicos de la población, dieta y patologías. Al mismo tiempo, sistematizaba la

³ Véase a este respecto Francovich (1993) u Olmo Enciso (1991 y 1992).

tipología y seriación de la metalistería y toréutica hispanovisigoda, siguiendo la línea emprendida por Palol y mostrando el influjo mediterráneo y bizantino en esos materiales; además, la mayor parte de ellos no son privativos de los pueblos visigodos, ni siquiera germánicos; incluso un gran número de sepulturas carece de ajuares o adornos considerados «germánicos» o bien coexisten con los hispanorromanos.

Igualmente es preciso destacar la revisión de las necrópolis tardorromanas (Fuentes, 1989), en la que se pone de manifiesto la cronología, adscripción y relación de estas con las *villae* y asentamientos rurales tardorromanos, al tiempo que las que venían denominándose *necrópolis del Duero* se desvinculan de la influencia germánica y de la supuesta asociación a *laeti* o ejércitos privados de los latifundios hispanorromanos.

Por otro lado, algunos historiadores (Collins, García Moreno, Domínguez Monedero) han ido desmitificando la teoría del asentamiento visigodo en la submeseta norte, al desvincular las necrópolis de esa zona de las regiones y ciudades donde se hacen presentes las élites y estructuras de poder del momento. Las necrópolis reflejarían más bien las posesiones fundiarias de la nobleza visigoda, la clase dirigente de un variado colectivo que bajo la denominación de *pueblo visigodo* agrupaba diversas procedencias étnicas (Rouche, 1985); así pues, la cuestión de las necrópolis «visigodas» es hoy valorada como un reflejo de las tensiones que provoca la inserción de un grupo de poder, más que como una evidencia de la ocupación y preponderancia de una etnia.

Por tanto, frente a la antigua teoría del asentamiento visigodo (popular y aristocrático) diferenciado de la población hispanorromana, la historiografía actual tiende a relativizar su impacto. La nueva clase dirigente se habría ido insertando en la organización política y socioeconómica tardorromana, compitiendo por el poder municipal, haciéndose con la dirección de la administración bajoimperial y accediendo a la propiedad de la tierra. Precisamente en el interior peninsular se encontraban importantes *villae*, incluso de la familia teodosiana, que serán ambicionadas por los nuevos dirigentes. Estas tensiones por el control de la propiedad, de la producción y la exacción fiscal —que refería ya

en su crónica el obispo Hydacio— han sido puestas de relieve por algunos historiadores (García Moreno, Díaz Martínez), si bien aún hay pocos trabajos arqueológicos que reparen en ello. La presencia de algunos objetos traídos por esos nuevos grupos en el contexto funerario de los cementerios de la población mayoritaria en las zonas de las *villae* latifundistas se explica más adecuadamente desde esta nueva dinámica de tensiones por el poder.

En estas últimas décadas se han sucedido muchas otras excavaciones de necrópolis de época tardorromana y visigoda, especialmente en las áreas castellana, extremeña y andaluza, con unos planteamientos más acordes con las últimas premisas, y que, en conjunto, van dando respuesta a otros interrogantes planteados desde la arqueología funeraria o de la muerte: distribución y organización de los cementerios, tipología de tumbas, deposiciones e inhumaciones, rituales y actitudes funerarias (Cerrillo Martín de Cáceres, 1989) y, sobre todo, su relación con las poblaciones y con su estructura social (Ripoll y Arce, 2001, etcétera).

Igualmente hay que destacar la intensa labor de equipos como los que vienen trabajando en importantes lugares tardoantiguos, verbigracia Mérida (Caballero Zoreda y Mateos, 1992; Mateos 1995; Alba 1997, 1998, 1999; Mateos y Alba, 2000, etcétera), Tarragona (TED'A, Aquilué, etcétera), Valencia (Blasco et al., 1994; Soriano Sánchez y Pascual Pacheco, 1993), Cartagena (Méndez Ortiz y Ramallo Asensio, 1985; Ramallo Asensio y Ruiz Valderas, 2000), Alcalá de Henares (Méndez Madariaga y Rascón Marqués, 1989; Rascón Marqués, 2004) o Gijón (Fernández Ochoa, 1997), que muestran la amplia secuencia de ocupación de una ciudad y su entorno rural en época tardoantigua, fijando la atención no solo en los cementerios, sino en los poblados, áreas urbanas y el *territorium* en su conjunto.

Finalmente, por su carácter novedoso y diferente, cabe señalar la relación de algunas necrópolis tardoantiguas del área vasca con regiones francas norepirenaicas (Azkárate, 1990 y 1999).

Por lo que se refiere al noroeste peninsular, la Gallaecia, donde se habían atribuido a los suevos un gran número de sepulturas y sarcófagos (Chamoso), ya se ha

puesto de manifiesto la diferente cronología de los mismos, que llega hasta época plenomedieval, en tanto que durante el periodo tardoantiguo la continuidad de las formas de enterramiento y de ocupación del territorio siguen —con algunas transformaciones— las pautas establecidas en tiempos tardorromanos (López Quiroga y Rodríguez Lovelle, 1993, 1997 y 1999).

En suma, la diversidad social que caracteriza las distintas regiones peninsulares en la Antigüedad tardía impide considerar a la antigua Hispania romana como un ente homogéneo y dominado exclusivamente por un grupo étnico.⁴

LAS BASÍLICAS HISPÁNICAS: DE LA ARQUITECTURA VISIGODA A LA ARQUEOLOGÍA DE LA ARQUITECTURA

Por otra parte, la tradición historico-artística fue otra línea de investigaciones emprendidas desde comienzos del siglo XX en algunas de las más antiguas iglesias hispanas (San Juan de Baños, San Pedro de la Nave, Quintanilla de las Viñas...). Los estudios de M. Gómez Moreno y E. Camps Cazorla, basados en criterios estilísticos y tipológicos, sirvieron de base hasta tiempos recientes para la definición de la arquitectura y la plástica visigoda y altomedieval. A mediados de esa centuria P. de Palol, como hemos comentado para las necrópolis, matizaría los conceptos sobre el arte y la arquitectura visigoda, marcando el acento en el sustrato local tardorromano de las construcciones tardoantiguas y sus elementos plásticos. Sus excavaciones en las iglesias de San Juan de Baños (Palol, 1964 y 1988), Baleares (Palol et al., 1968) o Bobalar (Palol, 1989) contribuirían a dotar de un contexto arqueológico a los edificios; al mismo tiempo iría replanteando no solo los aspectos estilísticos y constructivos, sino también su relación con la liturgia, con los ámbitos urbanos episcopales o rurales monásticos, así como también con los talleres áulicos cortesanos hispanovisigodos (Palol, 1991; Palol y Ripoll, 1988). La excavación y conocimiento

de iglesias y conjuntos basilicales paleocristianos (desde Mérida, Tarragona, Barcelona, Segóbriga, a Baleares, etcétera) iría dejando ver el peso de la tradición hispana paleocristiana, las relaciones mediterráneas y la dilatada geografía y cronología de unos procesos constructivos litúrgicos que no se reducen ni restringen al hecho visigodo.

Es preciso destacar asimismo las imprescindibles obras de conjunto de investigadores del Instituto Arqueológico Alemán, que establecieron un *corpus* básico así como una revisión y agrupación tipológica de las primeras construcciones religiosas hispánicas (basílicas, *martyria*, mausoleos, baptisterios, escultura, etcétera), en las que se han apoyado abundantes trabajos posteriores. Así, M. Schlunk y T. Hauschild (1978), para las iglesias paleocristianas e hispanovisigodas (siglos IV a VII); Ulbert (1978), para las basílicas de ábsides contrapuestos, a las que hay que sumar las de Noack-Haley (1991), S. Noack-Haley y Arbeiter (1994) y Arbeiter y Noack-Haley (1999), para las iglesias asturianas y mozárabes, continuadoras en buena parte de las tradiciones anteriores. La aplicación de una minuciosa metodología de sistematización y análisis detallado de las formas y técnicas de construcción ha establecido las pautas, modelos, grupos y periodización de esos elementos constructivos.

En las últimas Reuniones de Arqueología Cristiana Hispánica, así como en diferentes simposios de arqueología tardoantigua, se da cumplida cuenta de otras muchas novedades en todo el ámbito hispánico, al tiempo que van apareciendo también importantes aportaciones en arquitectura urbana, áulica, asentamientos rurales, producción cerámica, etcétera. Algunas otras monografías se han ido ocupando de nuevas iglesias paleocristianas y visigodas (como Santa Eulalia de Mérida: Caballero y Mateos, 1992; Mijangos: Lecanda, 2000) o mozárabes (Santa Lucía del Trampal: Caballero y Sáez, 1999), o han ido revisando las conocidas (Nave: Corzo, 1986, Barroso y Morín, 1993, Caballero y Arce, 1997; Baños: Caballero y Feijoo, 1998; iglesias castellanas altomedievales: Caballero et al., 1994; escultura de Mérida: Cruz Villalón, 1985; arquitectura prerrománica asturiana: Arias Páramo, 1993, García de Castro, 1995), o se han revisado

⁴ Sobre la heterogeneidad de la península ibérica en época tardoantigua, véase Olmo Enciso (1992), donde se realiza una caracterización arqueológica de tres áreas fundamentales: el litoral mediterráneo levantino y bético, la zona central interior y el área septentrional y noroccidental.

críticamente en su conjunto (Godoy, 1995) poniendo de manifiesto la precariedad de los datos obtenidos en las excavaciones antiguas de las iglesias paleohispánicas, insuficientes por sí solos para proporcionar certezas sobre esas cuestiones.

En los últimos tiempos juega un papel destacable la atención prestada al análisis arqueológico de la arquitectura como una disciplina autónoma dentro del método arqueológico y de especial importancia para edificios con una amplia secuencia de construcción y reconstrucciones.⁵ Si en las décadas anteriores habían predominado los estudios basados en criterios artísticos y estilísticos, va a ir imponiéndose ahora la aplicación de metodología arqueológica a los conjuntos arquitectónicos, tanto por lo que se refiere al subsuelo como a los elementos emergentes. De esta forma, tanto las nuevas prácticas metodológicas como la renovación de planteamientos han provocado incertidumbres sobre las premisas consolidadas en cuanto a la cronología y adscripción cultural de buena parte de esos edificios.

En este sentido tiene un papel protagonista Luis Caballero Zoreda quien, junto a otros investigadores, ha ido cuestionado también las adscripciones y cronologías de algunos monumentos considerados tradicionalmente hispanovisigodos, como San Juan de Baños, San Pedro de la Nave, Quintanilla de las Viñas, o Santa Comba de Bande, entre otros (Caballero, 1993, 1994, 1999, 2000; Caballero y Arce, 1997; Caballero y Feijoo, 1998, etcétera). Señalando las carencias metodológicas y cronológicas del método estilístico y animado por las propuestas de investigadores portugueses (Fontes, Real, Ferreira, Barroca...) las vinculó hace unos años (Caballero, 1993) a la expansión feudal altomedieval asturleonés (eso sí, dejándose llevar en demasía por las premisas y conceptos albornocianos de «reconquista y repoblación»); más recientemente, a raíz de las propuestas de Garen (1992, 1997), matizaría su planteamiento, al considerar de procedencia andalusí e influencia omeya algunos rasgos estilísticos de la primera arquitectura altomedieval cristiana (Caballero, 1994, 2000; Caballero et al., 1997, etcétera).

Así, propone ahora una cronología altomedieval (siglos VIII a X) para los edificios de Baños, Nave, Bande, o los de Melque y Trampal, que inicialmente había propugnado como visigodos. Para ello incide principalmente en la lectura arqueológica de la arquitectura, si bien los criterios estilísticos (arcos sobre dintel, esquinas redondeadas, bóvedas, temas, estilos y técnicas escultóricas...) siguen subyaciendo como fósiles-directores, y aunque ello suponga contradecir en ocasiones los datos obtenidos en sus excavaciones anteriores.

Precisamente el apoyo de la nueva propuesta en los paralelos estilísticos omeyas (especialmente el palacio sirio-palestino omeya de Khirbat al-Mafgar), ha producido la contestación de investigadores partidarios de la interpretación «visigotista» como Arbeiter (2000), Barroso o Morín (2000), señalando que el arte omeya sirio se nutre de las formas, estilos y talleres sirio-bizantinos de la época preislámica, cuya influencia había irradiado ya hacia Occidente el Imperio Bizantino en tiempos de Justiniano; así pues, los estilos supuestamente omeyas existían ya en lo paleobizantino (siglo VI) y se constatan ya en el siglo VII en Hispania (escultura arquitectónica de Mérida, Quintanilla, Baños, Nave, etcétera). Dudan, además, de la capacidad de transmisión o imposición de estas formas a la población hispana por el emirato omeya andalusí en una época de inestabilidad y dificultades para su implantación estatal, idea que refrendan con sus respectivos estudios sobre las sociedades paleoislámicas Ación o Gutiérrez Lloret (2000).

Así pues, cabe destacar el mérito de señalar los problemas metodológicos (escasez de contextos arqueológicos estratificados y datados con certeza) y la adscripción apriorística a época visigoda de motivos, técnicas y elementos arquitectónicos, siguiendo el rígido esquema cronotipológico y cultural tradicional. Sin embargo, la nueva vía de interpretación no deja de recurrir a los paralelos estilísticos como indicador cronológico, incurriendo en excesos formalistas parecidos a los tradicionales⁶ y corriendo el riesgo de construir nuevos modelos

⁵ V. a este propósito y como mejores ejemplos la obra colectiva sobre *Arqueología de la Arquitectura...* (1996) o los números de la revista *Arqueología de la Arquitectura*.

⁶ No solo el discutible papel del arte omeya como innovador y transmisor (frente a la teoría tradicional que lo considera inspirado por la misma tendencia paleobizantina que ya se conocería en Hispania antes de su llegada), sino las

de interpretación apriorísticos. Pese a estos defectos, no cabe duda de que uno de los aspectos que más entran ahora a valorarse es el papel que estos conjuntos arquitectónicos desempeñan en procesos históricos más complejos, más allá de su estudio arquitectónico, escultórico o artístico de forma individual y aislada de los contextos políticos, socioeconómicos y culturales que los originan y por los cuales se explican adecuadamente.⁷ En este sentido, la consideración dinámica de las obras, frente a una consideración estática e inmovilista de los edificios a través de la historia, es ahora más valorada.

En realidad, aunque efectivamente una gran parte de los elementos arquitectónicos emergentes se deban a las restauraciones altomedievales asturleoneras y castellanas, al socaire de la expansión feudal, no cabe duda del origen tardoantiguo de algunas de esas construcciones;⁸ la ocupación y organización del espacio ya desde época tardorromana es evidente en un buen número de casos, aunque no exista certeza de iglesia o conjunto monástico hasta tiempos altomedievales. Así pues, y como muestra la misma dificultad de adscripción a uno u otro periodo, la continuidad y transformación social y material entre una época y otra es un tema abierto de la historiografía actual. Si bien es preciso afinar y aquilatar bien los componentes estructurales de ese proceso (tipología, morfología de las construcciones, cronología, etcétera.) también es cierto que el valor de barrera fatídica y fatalista otorgada excesivamente al 711 va relativizándose.

contradicciones de atribuir a época y obra emiral conjuntos arquitectónicos como los de Pla de Nadal o Villajoyosa, que —no obstante— tienen una clara cronología tardoantigua y una adscripción cultural coherente con los procesos históricos de época tardorromana y visigoda (Gutiérrez Lloret, 2000).

⁷ Destaca este nuevo enfoque la contextualización de los conjuntos monásticos de Melque y Trampal en relación con su entorno, su posible dominio, en el que se detectan obras hidráulicas (¿regadíos?), minero-metalúrgicas y agrarias, en consonancia con la estructura económica que caracterizaría a este tipo de monasterios altomedievales y que explica su modelo de implantación en el territorio. Más allá de la polémica cronocultural (pre711/post711, época visigoda o emiral) y de adscripción artística (visigotista-continuista o rupturista), presenta más interés la inserción en un proceso histórico de más larga duración y en el que la fecha del 711 tienen más valor político que socioeconómico.

⁸ Evidencias arqueológicas y dataciones absolutas de época tardoantigua en Nave, Bande, Baños o Quintanilla.

SOBRE LA TRANSICIÓN ENTRE LA ANTIGÜEDAD Y LA EDAD MEDIA

Como señalábamos al inicio, la atención prestada a la arqueología funeraria y religiosa de época visigoda en décadas pasadas no solo adolecía de un enfoque hiperdifusionista germánico, sino también reduccionista, y dejando amplios vacíos en el intento de reconstrucción histórica de las sociedades que se enmarcan entre la disolución del Imperio romano y el origen de los reinos feudales. Entre los objetivos y prioridades de aquellas investigaciones no se encontraba la búsqueda de los lazos entre las distintas formaciones sociales tardoantiguas y medievales; la brusca cesura que se atribuía a la conquista islámica del 711 convertía a esa fecha en el límite final de las investigaciones arqueológicas. Con ello se cercenaba también el desarrollo de la arqueología medieval hispánica, alejándola de la situación del resto de Europa.⁹

De esta manera se definían las líneas de trabajo en las que la arqueología posclásica se enmarcaba, dejando claras lagunas en el estudio global de la población urbana y rural en la Antigüedad tardía: evolución de las ciudades y asentamientos rurales tardorromanos, así como su papel en la composición y organización de los territorios tardoantiguos y altomedievales. Igualmente, el estudio meramente objetual del mobiliario (cerámica, metales, etcétera) dejaba de lado los aspectos socioeconómicos que los relacionaran con la estructura de producción y distribución de los bienes de consumo. La disociación entre arqueología y sociedad, al tiempo que entre arqueología e historia, quedaba así inaugurada y establecida hasta la actualidad.¹⁰

Además, la quiebra en la tradición universitaria que había supuesto la guerra civil española supuso la discontinuidad entre los pioneros de la disciplina (M. Gómez Moreno, etcétera) y las nuevas generaciones de posguerra. La arqueología medieval quedaría así en gran parte diluida en la historia del arte y excluida de los ámbitos académicos hasta tiempos bien recientes, en que se ha ido reconstituyendo y redefiniendo el alcance

⁹ V. a este respecto las interesantes reflexiones de Francovich (1993).

¹⁰ V. estas cuestiones en Malpica Cuello (1993).

y objeto de la disciplina. Aún en la actualidad puede constatarse en esos ámbitos académicos la falta de concurrencia en pie de igualdad con otras especialidades más asentadas.¹¹

Con ello, la reconstrucción histórica de la Alta Edad Media hispana quedó prácticamente en manos de los medievalistas que trabajaban exclusivamente con documentos escritos; la relativa abundancia de textos altomedievales legados por archivos monásticos y catedralicios de algunos territorios peninsulares como Aragón, Cataluña, Galicia, Asturias o León propició la elaboración de la teoría histórica sin recurrir a la información procedentes de otras fuentes de conocimiento. De este modo, medievalistas como Claudio Sánchez-Albornoz construyeron el modelo más tradicional en lo relativo a los orígenes y formación de la sociedad medieval hispana: continuidad institucional entre el reino hispanovisigodo y el asturleonés, ruptura poblacional en el siglo VIII. El vaciamiento del interior (el «desierto estratégico» del valle del Duero) y el repliegue de población al norte (Asturias) constituían la premisa fundamental para defender la idea de la Reconquista y Repoblación subsiguiente, realizada por reyes y monjes junto con campesinos libres, la base social de una «nación española» formada por pequeños propietarios, que refrendaba así la ausencia de feudalismo en la península ibérica.

De esta forma, se descartaba para la arqueología toda posibilidad de investigación en el interior y norte peninsular, la zona que quedaría fuera de dominio islámico en la Alta Edad Media, al dar por sentada la ausencia de población local en el interior peninsular; bastaban los documentos escritos para recomponer el proceso de crecimiento medieval. En este contexto pocos trabajos arqueológicos se realizaron y entre ellos menos se han planteado, hasta fechas recientes, la posibilidad de la no despoblación; incluso en los de última generación es frecuente el recurso a la «re población» como explicación tautológica del origen de los asentamientos medievales y del ritmo del crecimiento agrario altomedieval.

Con estos postulados, no es de extrañar la falta de presupuestos propios y de capacidad para generar un discurso histórico desde el propio registro arqueológico. De este modo, la arqueología tradicional apenas ha contribuido a elaborar la historia desde planteamientos propios de la disciplina, más allá de algunas contribuciones ya clásicas ligadas a la historia del arte más que al discurso arqueológico. Es el caso de la iglesias mozárabes leonesas y castellanas o las prerrománicas asturianas. Otras aproximaciones eran debidas a la fascinación «metafísico-romántica» por el objeto (castillos, palacios, iglesias y monasterios, etcétera) como escenario de una idealizada sociedad medieval.¹²

En las décadas de los sesenta y los setenta algunas aportaciones, aún subordinadas al discurso histórico albornociano, fueron abriendo vías de estudio en las que podemos observar un mayor interés por la definición de la materia de estudio, específicamente medieval, que intentaban realizar una caracterización objetual o contextual del documento arqueológico, principalmente necrópolis, iglesias, eremitorios y cerámicas (A. del Castillo, M. Riu, M. Á. García Guinea...).

A partir de los años ochenta se iría modificando cualitativa y cuantitativamente la práctica arqueológica. La constitución de la Asociación Española de Arqueología Medieval (1981) y su consiguiente publicación del *Boletín de Arqueología Medieval*, así como la organización de cinco congresos de arqueología medieval española, ha tenido un papel destacado en la convocatoria de un amplio colectivo de investigadores en una disciplina hasta entonces minoritaria y marginada en el panorama de la arqueología peninsular. Desde entonces, y a través del boletín y los congresos aludidos, junto a algunas otras revistas de arqueología medieval en las universidades de Barcelona, Jaén y Cádiz, puede apreciarse el gran incremento y la diversidad temática de actuaciones arqueológicas en el ámbito medieval.

¹² De este modo, es frecuente que la información extraída del registro arqueológico sea subsidiaria de los planteamientos emanados del textual, con categorías interpretativas acuñadas por los medievalistas sin concurrencia del registro arqueológico. Estamos, pues, ante una arqueología subsidiaria, dominada por la interpretación apriorística y acrítica, enmarcada más en la arqueografía positivista que interesada por la explicación de los procesos históricos.

¹¹ V. sobre esta cuestión Valdés Fernández (1991) o Valor Piechotta (1993).

Con todo, en las dos últimas décadas la progresiva renovación metodológica ya ha ido dando algunos frutos en el campo de la arqueología altomedieval, que es necesario afianzar e incorporar al discurso histórico y a la elaboración de teorías que no tengan como base única la información procedente del registro textual.

Una de las principales y más generales líneas y preocupaciones historiográficas actuales tiene como objeto definir y caracterizar los nexos entre las estructuras poblacionales, socioeconómicas y políticas entre la Antigüedad y la Alta Edad Media. Algunas contribuciones recientes van abriendo nuevas vías en este campo, como reseñamos a continuación.

CIUDAD Y TERRITORIO: SOBRE EL POBLAMIENTO DE TRANSICIÓN

En los últimos años vienen realizándose trabajos arqueológicos que tienen como objeto fundamental el estudio de la estructura social en su conjunto, aún desde distintas especialidades: transformaciones de las ciudades romanas, su relación con las diversas formas de poblamiento rural (villas, poblados, castros, cuevas, monasterios, etcétera), organización y estructuras de producción.

La desestructuración de las ciudades romanas desde época bajoimperial cuenta ya con algunos trabajos de síntesis (Barral, 1982 y 1992; Fuentes Domínguez, 1997; Giralt i Balagueró y Tuset, 1993; Gutiérrez Lloret, 1993; Olmo Enciso, 1998, etcétera), además de numerosas e importantes aportaciones recientes para un buen número de ciudades (Valencia, Barcelona, Tarragona, Mérida, Córdoba, Cartagena, Alcalá de Henares, León, Astorga, Gijón, etcétera),¹³ en las que la aplicación de las recientes normativas en materia de patrimonio ha ido potenciando la práctica de una arqueología urbana aún desigual e irregular en sus planteamientos, objetivos y resultados.

Así, va conociéndose mejor la alteración del modelo urbano imperial desde el siglo IV, que afecta no tanto

al número de ciudades (son pocas las que se abandonan después del siglo III) como en la pérdida de funciones y servicios (Ampurias, Tarraco, Itálica...); en cambio experimentan una mayor vitalidad en el conjunto provincial hispano ciudades como Cartagena, Barcelona o Mérida, donde son conocidas importantes reformas en el teatro, circo y varias *domus* urbanas. El principal cambio afecta, sin embargo, a la fisonomía de las ciudades, que reciben entonces potentes cinturones de murallas con torreones (Fernández Ochoa y Morillo, 1991), lo que proporciona una imagen precursora del aspecto de una ciudad medieval; las causas de este fenómeno, común a otras partes del Imperio, se encuentran tanto en las nuevas funciones militares y necesidades defensivas ante la conflictividad social como en la monumentalización de las nuevas cabeceras de territorio. No puede, por tanto, seguir hablándose de declive urbano en el bajo Imperio, al menos en el siglo IV, aunque sí se advierte una importante pérdida de servicios y funcionalidad, principalmente el abandono y colapso de servicios públicos como el hidráulico, las termas o algunos edificios de espectáculos.

Por el contrario, extramuros de algunas ciudades surgen imponentes palacios como el de Cercadilla (Córdoba) o mansiones suburbanas (*villae* y *domus* en Alcalá de Henares, cerca de Complutum, o en las cercanías de Mérida, Zaragoza, León, etcétera).

En el siglo V se producen pocos cambios en el equilibrio municipal hispano, registrándose una escasa incidencia de los fenómenos políticos y bélicos del comienzo de la centuria (migraciones germánicas, movimientos bagáudicos, etcétera). La fatalista perspectiva de esos acontecimientos, que era asumida hasta tiempos recientes para la arqueología peninsular, no tiene una constatación similar en las recientes y más extensas excavaciones en ámbitos urbanos. El proceso de desestructuración es más dilatado en el tiempo y menos convulsivo en el espacio y las formas de la ciudad; más bien asistimos a una lenta transformación, en la cual tiene un peso importante la desaparición progresiva del poder político imperial en las distintas regiones; así, la pérdida de funciones administrativas genera el fin de curias, basílicas, templos y foros (Mé-

¹³ Véase en la bibliografía final y en los autores anteriores el amplio número de aportaciones recientes sobre la arqueología de las ciudades hispanas.

rida, Tarragona, etcétera), que mantendrán algunas de sus funciones comerciales (se registra aún la llegada de cerámicas y productos mediterráneos) en algunas ciudades del Levante (Valencia, Cartagena, Tarragona, etcétera). El debilitamiento de la autoridad municipal se hace patente en la falta de atención a los servicios públicos (colapso de conducciones hidráulicas y sanitarias), así como en el vaciamiento y amortización de zonas antes construidas;¹⁴ privatizaciones de áreas públicas como calles o foros con precarias viviendas de madera, rústicas instalaciones artesanales (fraguas, hornos, prensas...), reutilizaciones de materiales de construcción, intrusiones y rellenos de tierras para cultivos, etcétera.

Al tiempo, es patente la cristianización de la topografía urbana (García Moreno, 1977-1978; Barral i Altet, 1982; Arce, 1993; Gurt, Ripoll y Godoy, 1994), con la aparición de iglesias, *martyria*, baptisterios, cementerios y edificios varios (como el *Xenodochium* de Mérida) en el interior o suburbios de la mayoría de las ciudades, así como la elevación de ciertas de ellas a la categoría de sedes episcopales, lo que indica una vez más la reestructuración de las funciones rectoras en el conjunto provincial (Fuentes Domínguez, 1997).

Por lo que se refiere a las centurias siguientes, algunos trabajos de síntesis intentan caracterizar el panorama urbano hispanovisigodo (Olmo Enciso, 1998). Durante el siglo VI L. Olmo sostiene cierto renacimiento de las funciones politicoadministrativas y de actividades mercantiles y edilicias (más en ciudades levantinas como Valencia, Barcelona, Tarragona o Cartagena que en el interior y noroeste, como Mérida, Lugo, León...); esta revitalización iría ligada al fortalecimiento de las estructuras estatales del reino hispanovisigodo de Toledo, que se manifiesta asimismo en la fundación de nuevas ciudades como *Victoriaco*, *Ologicus* o *Recopolis*. Destacan las investigaciones arqueológicas en esta última (Olmo Enciso, 1995 y 1998), donde se define un trazado urbanístico regular y una fuerte jerarquización espacial, con la

erección de un conjunto palatino y una basílica; la vinculación con el programa político de Leovigildo se muestra aquí mejor que en otras sedes regias del momento peor conocidas arqueológicamente, como la propia capital del reino toledano. A lo largo del siglo VII se iría produciendo, en cambio, una inversión del proceso, cuando se advierte una crisis constructiva, pérdida de número, calidad y funcionalidad de edificios, que debe relacionarse con la crisis política del Estado hispanovisigodo, en beneficio de la aristocracia civil y eclesiástica, que dará entonces muestras de mayor vigor con la construcción de palacios (villa de Pla de Nadal en Valencia: Juan y Pastor, 1989) y de iglesias y monasterios rurales en el interior y norte peninsular.

Esta tendencia desestructuradora continuará en las centurias siguientes (siglos VIII a X), en las que las ciudades de los reinos cristianos norteños apenas cuentan con rasgos de vitalidad. Incluso en las ciudades capitales o sobresalientes de los reinos y condados feudales (como León, Astorga, Pamplona o Barcelona) las recientes aportaciones arqueológicas (Valdés Fernández, 1999) muestran un panorama preurbano, en el que apenas destacan unos pocos edificios palaciegos y religiosos, entre restos de un precario caserío y amplios espacios —antes construidos— ocupados ahora por «tierras negras» destinadas a huertas, patios y corrales (para el caso paradigmático de León: Gutiérrez González y Miguel Hernández, 1999). Las murallas tardorromanas son en cambio revaloradas e incluso restauradas, debido a la gran importancia, funcionalidad y prestigio de la ciudad, mientras que algunos restos de edificios romanos (termas, foros, templos...) son expoliados o reutilizados con diversos fines: conversión en iglesias, monasterios, palacios, etcétera. En cambio, las calles y la trama urbanística romana para entonces ha desaparecido casi totalmente, soterrada bajo los rellenos, amortizaciones, huertas, reconstrucciones o intrusiones (hoyos, pozos, letrinas...), que indican una dedicación de la población ciudadana con ciertos rasgos de actividad agraria. Esos precarios restos reflejan, además, no una ausencia de población, sino un uso diferente del

¹⁴ Véase una rigurosa síntesis de estos rasgos en Ramallo (2000).

espacio, más agrarizado y desarticulador de la trama urbana romana, con un crecimiento orgánico al margen de un control político fuerte capaz de dirigir y ordenar el uso de los espacios urbanos (Gutiérrez González y Miguel Hernández, 1999). La imagen de este modelo preurbano o embrionario de la ciudad feudal altomedieval —basada en el caso legionense— no se renovará hasta la expansión y dinamismo plenomedieval, con la renovación edilicia (palacios, casas, iglesias románicas...) y la reordenación urbanística que emprenderán las más poderosas autoridades concejiles de los siglos XI y XII.

Por lo que se refiere al poblamiento rural, ya hemos señalado que las primeras investigaciones sobre las necrópolis e iglesias tardoantiguas o altomedievales buscaban prioritariamente las huellas de la presencia y dominación visigoda, o bien la justificación de la «re población» medieval. Sin embargo, en las dos últimas décadas se va invirtiendo la tendencia, aumentando el interés por comprender y explicar la estructura de la población, los cambios de asentamiento y las características físicas de los poblados, así como su articulación territorial con las ciudades y la diacronía entre los asentamientos y las poblaciones antiguas y las medievales.

Aunque no abundan aún los trabajos de síntesis,¹⁵ van definiéndose algunas tendencias generales del poblamiento en ese proceso de transición. Así podemos señalar la creciente constatación de la perduración en tiempos tardoantiguos de algunas importantes *villae* latifundistas; si bien su época de auge se registra en el siglo IV, el impacto catastrófico de las penetraciones germánicas es ahora más matizado y minimizado. Aunque a lo largo del siglo V se producen algunos abandonos, un alto porcentaje permanecen ocupadas —si bien carentes del carácter áulico o residencial señorial— más allá de las invasiones y la desintegración del sistema político y mercantil imperial. En general no van a mantener el ritmo de crecimiento

¹⁵ Pueden mencionarse los de García Moreno (1983, 1989 o 1991), Olmo Enciso (1992) o Ripoll López y Velázquez (1995) para época visigoda; o los de Bohigas Roldán (1986), Bolós (1992 y 1996), Gutiérrez González (1985, 1995 y 1996), Pastor Díaz de Garayo (1996) y otros (v. *infra*) para época medieval.

que reflejaba la expansión edilicia tardorromana, pero en cambio experimentan cierta revitalización con la construcción de algunos mausoleos e iglesias privadas, readaptando espacios construidos, sobre todo a lo largo de los siglos VI y VII.¹⁶

El proceso de transformación de esos dominios señoriales en pueblos, aldeas, núcleos agrícolas o conjuntos monásticos altomedievales, señalado por García Moreno (1989 y 1991), cuenta aún con escasa documentación arqueológica. En la época de consolidación del reino de Toledo el aumento de dominios aristocráticos se reflejaría también en la construcción de iglesias rurales y conjuntos monásticos vinculados a ambientes áulicos.¹⁷ El caso más destacable de creación de una gran villa aristocrática en el siglo VII lo constituye el edificio palaciego de Pla de Nadal (Valencia) (Juan y Pastor, 1989), compuesto por un cuerpo con torres y pórticos laterales, que refleja tanto la perduración de la traza de villas tardorromanas como de esquemas áulicos y simbólicos de influencia bizantina, semejantes a los empleados en la escultura arquitectónica de las iglesias coetáneas. Así pues, la gran propiedad se habría mantenido en época tardoantigua, aunque desconocemos su alcance; incluso debió aumentar su extensión y su poder en el último periodo de crisis de la monarquía visigoda (García Moreno, 1975). Más difícil es valorar si disminuyó su capacidad coercitiva y fiscal sobre la población servil y campesina libre —como indicaría la retracción edilicia y el equipamiento de lujo—¹⁸ o si, por el contrario, habría aumentado y concentrado

¹⁶ Son bien conocidos los casos de las *villae* de la Dehesa de la Cocosa, Torre de Palma, São Cucufate, El Saucedo o Casa Herrera, en la Lusitania; Santiliscal o Vega del Mar en la Bética; Fraga en la Tarraconense, o Veranes en la costa cantábrica, por citar solo algunos ejemplos que cuentan con mayor documentación arqueológica.

¹⁷ Las iglesias de San Pedro de la Nave, San Juan de Baños, Quintanilla de las Viñas, etcétera, de aceptarse su cronología tardoantigua, podrían haber formado parte de dominios señoriales, aunque no pasa de ser una hipótesis, ante la ausencia de constatación arqueológica. La misma adscripción se propone para otros conjuntos de la época como El Germo, Guarrazar, San Pedro de Mérida, Valdecanales, etcétera (García Moreno, 1991).

¹⁸ El mobiliario doméstico (cerámicas, metales, etcétera) muestra gran retraimiento respecto a épocas anteriores, aunque no hay que olvidar la importante toréutica y orfebrería asociada a esos dominios (por ejemplo los tesoros donados a las iglesias), que estaría indicando la alta capacidad de enriquecimiento y exacción fiscal de la aristocracia fundiaria.

la propiedad fundiaria aristocrática, al disminuir el número de grandes explotaciones; las últimas creaciones mencionadas apuntarían en este sentido, aunque es posible pensar en una gran heterogeneidad en el número y carácter de los *fundi* aristocráticos.

Integrados en los dominios señoriales o dispersos en pequeñas agrupaciones familiares independientes, hay noticias literarias¹⁹ de abundantes granjas, case-rías, cabañas de madera y tierra, o aldeas campesinas, bajo diversas denominaciones (*vici, villae, villulae, domus, casae, loca, tuguria...*), que van conociéndose también arqueológicamente.²⁰ Su adscripción a restos de población servil vinculada a los latifundios —como propone Bonnassie— o, por el contrario, a familias campesinas independientes es un interrogante del máximo interés.

El poblado de época visigoda que cuenta con una mayor documentación arqueológica es El Bovalar (Lérida) (Palol, 1989), formado por varios conjuntos de viviendas en torno a espacios abiertos, dotadas de lagares, establos, establecimientos de almacenamiento y producción agraria; el poblado está provisto además de una importante basílica de cabecera tripartita, contracoro y baptisterio cubierto por un espléndido baldaquino. Además de la caracterización de un asentamiento rústico, destaca su marco cronológico, que se interna en el siglo VIII.

Otro importante tipo de asentamiento rural lo constituyen los emplazamientos en altura, frecuentemente fortificados a modo de *castra*. Es un fenómeno generalizado en la península y otras áreas europeas desde época tardorromana hasta la Alta Edad Media, ampliamente constatado literaria y arqueológicamente. La proliferación de este tipo de ocupaciones, a veces sobre antiguos castros, debe ponerse en relación con las nuevas tendencias poblacionales y socioeconómicas más que con acontecimientos béli-

cos o de inseguridad en la época de invasiones germánicas, habida cuenta de la extensión espacial del fenómeno y de su perduración más allá de los episodios violentos iniciales. A los conocidos y excavados de antiguo (Monte Cildá, en Palencia; Yecla de Silos, en Burgos; Puig Rom, en Gerona; Las Merchanas y Yecla de Yeltes, en Salamanca; Navasangil y Diego Álvaro, en Ávila, etcétera), van sumándose otros muchos por toda la geografía peninsular: Viladonga, en Lugo;²¹ Tedeja, en Burgos;²² Muelas del Pan, en Zamora;²³ Pelayos, en Salamanca;²⁴ Bernardos, en Segovia;²⁵ El Tolmo de Minateda, en Albacete;²⁶ Villaricos, en Almería,²⁷ etcétera. En el norte y centro peninsular se encuentran especialmente en las zonas montañosas, donde las características naturales y algunos hallazgos como las pizarras visigodas en el Sistema Central (Ávila, Salamanca) permiten pensar en una tendencia a la concentración de la población en cerros y antiguos castros prerromanos, con una dedicación fundamentalmente ganadera e incluso trashumante. No obstante, muchos de esos castros muestran rasgos —como las murallas, viviendas, mobiliario cerámico y metálico— semejantes a los de las ciudades del momento, por lo que no parece apropiado asociarlos a grupos sociales diferentes, marginales, ni a perduraciones ni revitalizaciones indígenas prerromanas. Habrá que indagar más en sus relaciones espaciales con las ciudades, las *villae* y otros asentamientos, en términos de jerarquización o subordinación, así como en el alcance de los contactos comerciales (percibibles en los grupos cerámicos como las cerámicas finas, estampadas, etcétera: CE-VPP, 1989; Caballero, 2003) para valorar su posible conexión bien con las clases de propietarios de la tierra, y quizá con una exacción fiscal ya de tipo feudal, bien con grupos de campesinos independientes. A este respecto, conviene señalar la constatación de un

¹⁹ Aparecen mencionados en escritos de los siglos V al VIII, como el *Chronicon* de Hydacio, las obras de Isidoro de Sevilla, la *Vita sancti Fructuosi*, la *Regula communis*, etcétera.

²⁰ Comienzan a encuadrarse en este contexto algunos hallazgos de *fondos de cabaña* en la meseta (Vigil-Escalera, 2000), así como rústicas viviendas y cabañas en antiguos ambientes urbanos como Herrera de Pisuerga o posteriores conjuntos monásticos como Melque.

²¹ Arias Vilas (1993).

²² Bohigas Roldán (1999).

²³ Domínguez Bolaños y Nuño González (1997).

²⁴ Fabián et al. (1985); Storch de Gracia (1997).

²⁵ Barrio Martín y Fuentes Domínguez (1999).

²⁶ Abad Casal, Gutiérrez Lloret y Sanz Gamero (1998).

²⁷ Olmo Enciso (1992).

alto número de pequeños asentamientos de altura, castros, con ocupación tardoantigua y altomedieval pero con un registro más opaco, menos encuadrable en los rasgos materiales y sociales que los citados, lo que parece apuntar hacia pequeñas comunidades de montaña con una mayor tendencia a la producción de subsistencia y a la autarquía, al margen de los centros urbanos y dominiales.²⁸

De esta manera, cabe pensar que las reocupaciones de castros, cuevas emplazamientos en altura no responden únicamente a la «marginalidad» e inseguridad de las poblaciones residuales, sino también o principalmente a las mismas tendencias que resultan de la desarticulación de los sistemas de producción antiguos: abandono de las grandes explotaciones agrarias intensivas y cerealícolas, tendencias autárquicas con una mayor dedicación agraria no intensiva, no excedentaria, donde los recursos del monte y la ganadería extensiva propician o precisan de los emplazamientos de altura, más cercanos a esos espacios de pasto y bosque. En este sentido cabría ver en este proceso ciertas similitudes o recurrencias (más que pervivencias) con los antiguos sistemas de producción prerromanos, donde predomina un modelo de organización y ocupación del espacio o territorio castreño de forma autárquica, no jerarquizada y autónoma.²⁹

Los poblados y las estructuras de habitación altomedievales carecen de investigaciones profundas en la mayor parte del país; tan solo en algunas regiones como Cataluña existe un mayor número de investigaciones para el conocimiento de los primeros núcleos campesinos,³⁰ mientras que en el noroeste peninsular

apenas disponemos de más datos que los procedentes de prospecciones y de estudios espaciales;³¹ los datos van mostrando algunas características generales de la distribución de los asentamientos campesinos altomedievales: pequeños núcleos dispersos, frecuente asociación espacial —más que continuidad física— a los asentamientos antiguos, progresiva concentración y jerarquización regida por centros de ordenación feudal a partir del siglo x; sin embargo, son aún insuficientes para conocer su estructura, morfología, organización interna, capacidad de producción y otros detalles materiales y socioeconómicos. A pesar de estas limitaciones, estudios recientes³² van mostrando una imagen del poblamiento campesino diferente de la tradicional, en la que el crecimiento agrario altomedieval parece remontarse a tiempos predocumentales (al menos siglos VIII y IX), protagonizado por un campesinado con gran autonomía, y anterior al tiempo en que la dirección del proceso es absorbida por los poderes feudales (desde el siglo x).³³

Para comprender este proceso, debemos tener en cuenta la desarticulación de las estructuras estatales y de poder, así como la desestructuración de los grandes centros productores y redes comerciales desde los últimos tiempos del reino visigodo de Toledo; ello ha-

³¹ Entre ellos podemos recordar los de I. García Camino para Vizcaya; R. Bohigas para Cantabria y norte de Castilla; T. Mañanes, M. Urteaga o P. Martínez Sopena para el área central del valle del Duero; F. Reyes, J. Escalona, S. Escudero o J. A. Lecanda para el área burgalesa; J. A. Gutiérrez para León; H. Larrén para Zamora y Ávila, y J. López Quiroga y M. Rodríguez para Galicia.

³² Los recientes trabajos sobre organización territorial y evolución de la estructura de población en el área castellana por parte de E. Pastor Díaz de Garayo (1996), Escalona Monge (1991, 1992 y 1997), J. A. Lecanda Esteban (1997) o I. Martín Viso (1995, 1997 y 2000), J. Larrea (1998) para Navarra, I. García Camino (2002), Gutiérrez González (1995 y 1996) para León, Fernández Mier (1999) en Asturias, López Quiroga y Rodríguez Lovelle (1993, 1997 y 2004) para Galicia, Bolós (1997) entre otros para Cataluña, etcétera, ahondan en esta línea de investigación —integrando en mayor o menor medida los registros arqueológico y literario— sobre la transición y formación del feudalismo en el norte peninsular de una forma más crítica hacia los postulados tradicionales, a través de las etapas y evolución de los patrones de asentamiento. V. recientes síntesis y valoraciones de estos estudios sobre el poblamiento altomedieval en García de Cortázar (2000) y Barrios y Martín Viso (2000, 2001).

³³ Como síntesis de las propuestas y modelos de evolución del poblamiento y la organización espacial entre la época antigua y la feudal pueden consultarse los siempre sugerentes trabajos de García de Cortázar (1995, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, etcétera).

²⁸ Gutiérrez González (1995, 1997 y 2002) para el área leonesa o Martín Viso (2000) para la vieja Castilla.

²⁹ Martín Viso (2000) insiste en la perduración de los «sistemas castrales», referencia territorial y poblacional, desde la Edad de Hierro a la Alta Edad Media, al menos para zonas periféricas. Sin embargo, las importantes transformaciones durante tan largo periodo de tiempo, especialmente las debidas a la implantación del modelo romano y a su disolución, aconsejan buscar otras causas para la explicación del proceso. Como subraya García de Cortázar (2002: 419-420), resulta difícil aceptar tal grado de inmutabilidad y arcaísmo en una zona como la vieja Castilla.

³⁰ Desde las investigaciones de A. del Castillo y M. Riu, a las más recientes excavaciones de mansos o pequeños núcleos dispersos de Bolós (1992 y 1996), Bolós y Serra (1985).

bría propiciado la autonomía de grupos campesinos y una mayor tendencia hacia sistemas de producción no destinados al mercado, a la producción excedentaria-tributaria por presión fiscal, sino al autoabastecimiento; así se generaría una disminución de las unidades de explotación, grupos familiares-comunales, reducción de tamaño de parcelas, agricultura, ganadería y silvicultura extensivas más que intensivas. Este tipo de economía produce un registro arqueológico que se resiste a la normalización: sencillas estructuras arquitectónicas de piedra, madera y barro, con suelos, hogares y paredes de arcilla (Azkárate y Quirós, 2001), reutilización en precario de espacios urbanos y rurales anteriores, cabañas de madera, espacios de almacenamiento familiares (pequeños silos subterráneos o rupestres), mobiliario doméstico (cerámica, metal, madera...) de producción local (Gutiérrez y Miguel, 1999).

Asimismo, y en la misma línea interpretativa, cabe señalar la habitual recurrencia en la ocupación de espacios antiguos en la Meseta bajo la forma de «fondos de cabaña» y silos similares a los prehistóricos. Atribuidos, en origen, a las poblaciones de dedicación predominantemente ganadera —y quizá estacionales o trashumantes— entre el Neolítico y el Bronce Final, no cabe sino pensar que su similar uso en época altomedieval responde a un patrón de producción semejante, atribuibles a pequeños grupos campesinos autónomos anteriores a las modificaciones y reorganizaciones feudales de sus estructuras poblacionales y productivas. No parece casual el abandono o la intencionada amortización de los abundantes silos excavados en el suelo; la destrucción de estos sistemas de almacenamiento doméstico debe estar en relación con la acción señorial que estimula una producción excedentaria, así como con la extracción de los excedentes que son sustraídos y almacenados en nuevos silos de mayor tamaño y situados ya en poblados fiscalizados por la clase feudal, así como en graneros, celleros, bodegas o alfolíes señoriales (Fernández Ugalde, 1993; Gutiérrez, 2001).

Igualmente, algunas de las numerosas cuevas artificiales de los valles del Duero y del Ebro excavadas

en escarpes de difícil acceso pudieron ser destinadas a almacenar y proteger las cosechas de estos grupos campesinos prefeudales. La datación más habitual para este tipo de grutas (entre los siglos VI y VIII) y su adscripción cronocultural (época visigoda, post-visigoda, paleoandalusí, altomedieval...) es un claro referente. Sin embargo, no está aclarada su función; frecuentemente, en el norte peninsular, se asocian —quizá en exceso— con eremitorios; en efecto, las formas absidiadas y los grabados cruciformes son habituales en ellas. Sin excluir, por supuesto, esa atribución, es preciso relacionar su similitud con las paleoandalusíes más meridionales y revisar su contextualización, pensando incluso en un mismo origen (paleoislámico o prefeudal) y función (viviendas, lugares de almacenamiento) para muchos de esos habitáculos durienses.

Otras cuestiones de la caracterización del poblamiento altomedieval (disperso, concentrado, intercalar...), su organización socioeconómica interna, su capacidad y autonomía organizativa de los espacios de trabajo y de la producción (dedicación y extensión del terrazgo, de autoabastecimiento o destinada al mercado o al pago de renta), son aún poco conocidas. Igualmente, su correlación con las unidades de organización espacial perceptibles en el registro escrito (valle, tierra, aldea, solar, villa, corte, etcétera, véase. García de Cortázar, 1988), su relación o integración en unidades señoriales de encuadramiento territorial, político y fiscal (*territoria, commisos, mandationes*, alfoques, condados, merindades, parroquias...), la capacidad de esta clase feudal para imponer sus estructuras de poder, centros de dominación territorial, unidades de explotación, concentración y control de la población y de la producción (*castra, castella, palatia, ecclesie*, etc.), son aspectos aprehensibles y explicables no sólo desde la documentación escrita sino desde el registro arqueológico; sin embargo, ha sido una crucial parcela histórica cuya construcción ha sido dejada tradicionalmente al medievalismo textual.

Junto a las estructuras de habitación también han sido objeto de sistematizaciones recientes otros tipos de manifestaciones del poblamiento como las necró-

polis, iglesias, eremitorios y habitaciones rupestres, e igualmente materiales con ellas asociados, como las cerámicas;³⁴ todos ellos, y especialmente estas últimas, muestran una gran diversidad regional y perduración temporal, lo que apunta hacia la no interrupción total de sistemas de ocupación y de producción entre los tiempos antiguos y los altomedievales.

Las investigaciones en estos campos comenzaron en las décadas de los sesenta y los setenta, con algunos precedentes anteriores; aunque inscritas en las tendencias historiográficas tradicionales, podemos destacar su carácter pionero en la arqueología medieval de los reinos feudales peninsulares, al intentar definir tipos de estructuras y materiales de la Alta Edad Media hasta entonces ignorados o confundidos con los prehistóricos y prerromanos, como ocurría con los habitáculos rupestres o las cerámicas.

En esa línea se enmarcan los trabajos, ya clásicos, de Miguel Ángel García Guinea y sus colaboradores en el poblado de El Castellar (Villajimena, Palencia) o en Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia), en los que se establecía una secuencia ocupacional entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media, al tiempo que se reconocía una «cerámica de repoblación» (estriada y pintada con líneas rojas) propia de los siglos VIII a X. A pesar de los reparos que hoy se plantean a la interpretación de algunos elementos (posibles hiatus, dudosa cronología de estructuras como la muralla de Monte Cildá o de materiales cerámicos), la principal contribución residía en la incorporación del registro altomedieval en el discurso histórico. Esta incipiente labor de caracterización objetual de un necesario fósil-director altomedieval (la cerámica estriada y pintada) conllevó, sin embargo, una extendida contextualización contradictoria, a la vez continuista, pues se veían en ella precedentes antiguos, y rupturista (bajo la denominación «de repoblación»), para lo cual se buscaron flujos norteños y reflujos me-

ridionales, tan al gusto de las teorías albornocianas en boga entonces. La misma indefinición cronológica del registro («siglos VIII a X») se ha mantenido excesivamente hasta la actualidad sin intentar tampoco mayores precisiones estratigráficas, cronológicas o contextuales, de modo que tanto la ergología (cerámica) como la nomenclatura (re pobladora) han seguido utilizándose y extendiéndose de forma apriorística como elemento de datación y adscripción a un mismo proceso histórico, tanto si se admite como si no la premisa de la previa despoblación.

Algo similar ocurría también con las necrópolis, iglesias y eremitorios rupestres del alto valle del Ebro y nordeste meseteño. Las investigaciones pioneras de Alberto del Castillo en las necrópolis de Castilla fueron continuadas por J. Andrio, E. Loyola y M. A. Bielsa, y revisadas recientemente por C. de la Casa e I. Padilla. El interés principal residía en la identificación de enterramientos tallados en la roca habitualmente con cabecera antropomorfa (conocidas entonces como «olerdolanas»), datados en el siglo X y atribuidos a poblaciones mozárabes de «repoblación», dando por sentado siempre su posterioridad a los siglos VIII-IX, en consonancia con las teorías albornocianas sobre el avance de la «reconquista y repoblación» en el valle del Duero; además, la relación estratigráfica establecía la anterioridad de esas tumbas rupestres respecto a las construidas con lajas (siglo XI) y sarcófagos monolíticos con interior antropomorfo (atribuidos entonces a los siglos XII y XIII). La asociación a algunos eremitorios e iglesias semi-rupestres establecía una primera caracterización de la población altomedieval. Investigadores posteriores han ido sistematizando y profundizando en el estudio de estos registros, afinando tipologías y adscripciones culturales y cronológicas; así, las necrópolis talladas en la roca y los habitáculos rupestres hunden sus orígenes en la época tardoantigua (A. Azkárate), estableciéndose nexos con las poblaciones campesinas altomedievales. También los enterramientos de lajas, sarcófagos y otras modalidades funerarias han ido viendo una mayor extensión temporal y espacial (Bohigas Roldán, 1986; Casa Martínez, 1992; Reyes

³⁴ Además de la síntesis más extensa de Gutiérrez González y Bohigas Roldán (1989), pueden verse sustanciales aportaciones posteriores en los Coloquios sobre Cerámica Medieval del Mediterráneo (CICMM), Congresos de Arqueología Medieval Española (CAME), Jornadas sobre Cerámica de Tondela (Mérida) y algunas otras monografías.

Téllez, 1986, etcétera), apoyando la continuidad poblacional aun con transformaciones entre la Antigüedad y la Alta Edad Media.

Las nuevas perspectivas que ofrecen las necrópolis también atañen a las iglesias y eremitorios rupestres; los primeros estudios se remontan a las décadas de los cincuenta con F. Íñiguez Almech y de los sesenta con J. González Echegaray, M. Á. García Guinea y otros, habiendo sido objeto de revisiones en los años ochenta a cargo de R. Bohigas Roldán, G. Alcalde Crespo, R. Puertas Tricas, A. Monreal Jimeno o A. Azkárate García-Olaun, entre otros. Éstas ponen de relieve asimismo sus antecedentes en la época tardorromana e hispanovisigoda, así como su continuidad en tiempos altomedievales, ligados frecuentemente a estructuras de habitación y enterramientos igualmente rupestres.

En relación con los lugares de culto, son destacables los nuevos análisis arquitectónicos realizados por L. Caballero Zoreda en iglesias consideradas visigodas (San Pedro de la Nave, San Pedro el Viejo de Arlanza),³⁵ en las que las restauraciones altomedievales han tenido un papel decisivo en su conformación estructural. Algunas otras intervenciones recientes en iglesias de la región castellana (Santa Cruz de Valdezate, La Sequera de Haza, monasterio de San Juan de la Hoz, en Cillaperlata, San Vicente del Valle, Mijangos o Ubierna, en Burgos; San Miguel de Escalada o Palat del Rey, en León; Santa María de Wamba o San Román de Hornija, en Valladolid)³⁶ muestran algunas evidencias más del origen tardoantiguo de estos edificios renovados en la época altomedieval (asturleonés o condal castellano).

Las fortificaciones, en cambio, cuentan con un mayor número de estudios e intervenciones arqueológicas; es hoy una cuestión ampliamente admitida su función instrumental y coercitiva en la implantación del feudalismo y su contextualización como centros de poder, de ordenación territorial y de jerarquización de los asentamientos campesinos de forma progresiva a partir de los siglos IX y X, con raíces anteriores.

Además de algunos trabajos arqueográficos, análisis arquitectónicos³⁷ o intervenciones puntuales más limitadas, contamos con varios —aunque desiguales— estudios de conjunto³⁸ y algunas excavaciones recientes en castillos altomedievales.³⁹ A través de estos podemos ir vislumbrando similitudes y diferencias con procesos de *incastellamento* de otras áreas mediterráneas. En líneas generales, las primeras fortificaciones feudales de los reinos peninsulares son asentamientos de altura, en cerros y, a veces, superpuestos a antiguos castros tardoantiguos, en los que se erigen recintos amurallados de dimensiones medias o reducidas, herederas de formas tardorromanas; en ocasiones algunas torres indican cierta jerarquización —morfológica y social— del espacio interior. En conjunto, abren un interesante nexo entre la disolución de las estructuras de poder romano y visigodo con las primitivas aristocracias altomedievales. Su ligazón con la reordenación territorial es incuestionable, erigiéndose en centros rectores y jerarquizadores del poblamiento campesino. Al tiempo, los equipamientos militares (fundamentalmente el armamento), el mobiliario doméstico (cerámico, lítico...) y los conjuntos bioarqueológicos (fauna, plantas, etcétera) sirven para caracterizar las condiciones de vida de los primeros grupos señoriales altomedievales y las relaciones sociales con los dependientes del entorno, que han debido realizar sus prestaciones en trabajo (construcción y siderurgia destinada a la fabricación de armamento e instrumental de hierro) y en especie (ganado, cereal, etcétera) (Gutiérrez, 2003).

³⁷ En su gran mayoría ligados a trabajos de restauración de castillos y murallas de épocas posteriores. Algunos estudios de arqueología de la arquitectura se han realizado en construcciones altomedievales como las torres de Covarrubias y Noviercas, las murallas urbanas de León o Zamora o estudios basados en prospecciones que se citan en la nota siguiente.

³⁸ Como los de R. Bohigas para Cantabria y norte de Castilla; T. Mañanes y F. Valbuena, en el valle central del Duero; F. Reyes o J. A. Lecanda, para el área burgalesa; J. L. Avello, en Asturias; J. A. Gutiérrez, para el reino leonés; M. Riu, F. Fité, J. Bolós y otros, para Cataluña, etcétera. Otras muchas contribuciones recientes pueden hallarse en los congresos de arqueología medieval, revistas como *Castillos de España*, *Castellum* y otras locales o regionales.

³⁹ Destacan los de Camargo, en Cantabria (Bohigas Roldán, García Alonso y Sarabia Rogina, 1987), Tedeja, en Burgos (Bohigas et al 1996), o Peñaferruz, en Asturias (Gutiérrez, 1993).

³⁵ V. estas aportaciones en Caballero Zoreda et al. (1994, 1997).

³⁶ V. en Reyes Téllez (1986), Andrió et al. (1992), Lecanda Esteban (1997), Larrén Izquierdo (1986), Miguel Hernández (1996), etcétera.

ARQUEOLOGÍA DE LA PRODUCCIÓN

Como hemos venido señalando en los apartados anteriores, la preocupación historiográfica por establecer las relaciones entre los objetos, los productos o el mobiliario de aparición más frecuente (cerámica, metales, materiales de construcción, etcétera) y las estructuras socioeconómicas es reciente. Tradicionalmente componían los repertorios ergológicos al servicio de la adscripción cronológica, cultural, étnica o religiosa. De forma paralela al mayor interés que van cobrando los estudios sobre la transformación de los espacios urbanos y los cambios en la red de poblamiento, también van siendo investigadas las nuevas formas de organización de la producción. De esta forma, las perspectivas con que se analizan los productos elaborados, así como los mecanismos de distribución o las transferencias tecnológicas, cobran una nueva dimensión, alejada del normativismo y encajada en las líneas actuales y formación del sistema feudal sobre la transición.

Los recientes estudios sobre la producción y distribución de las cerámicas son un claro ejemplo de estas nuevas tendencias. Son ya numerosos los trabajos de la última década en esta línea, especialmente para las regiones mediterráneas⁴⁰ y en menor medida para el interior y norte peninsular.⁴¹ A grandes rasgos, podemos señalar la importante crisis que se produce en estas últimas regiones a lo largo del siglo V en la producción y distribución a gran escala de las vajillas tardorromanas (especialmente TSHT de los talleres del valle del Ebro);⁴² la cesura no es total, sino más bien progresiva, acorde con las transformaciones urbanas, artesanales y comerciales de la época; en cualquier caso, no alcanzan la centuria siguiente, en la que se han impuesto las importaciones de otros talleres medi-

terráneos (norteafricanos y orientales) y atlánticos (gálicos). Así, aunque en pequeñas cantidades, en el siglo VI llegan de esas áreas a la meseta y puertos cantábricos vajillas de mesa (TSG, TSA, ARS, DSP) y productos en contenedores orientales (ánforas).⁴³ Por entonces subsisten también en ciudades y ámbitos rurales (*villae*, castros...) las vajillas finas de mesa de producción regional (TSHip y estampadas no *sigillatas*: CEVPP, 1989), en franco retroceso en las centurias siguientes, en las que solo subsisten las cerámicas culinarias (ollas globulares como forma única y polifuncional) de producción local (cerámicas grises realizadas con torneado lento, cochura reductora y simples incisiones de línea y ondas). Como en otras regiones continentales europeas a lo largo de la época tardoantigua, las redes comerciales han ido quebrándose y en su lugar surgen o se mantienen los talleres regionales y los intercambios de corto alcance, en consonancia con una economía más fragmentaria y de tendencia autárquica.

En las áreas mediterráneas, en cambio, la perduración de los circuitos mercantiles tardorromanos perdura más tiempo y con más intensidad que en el interior peninsular; eso sí, los circuitos no son los mismos, pues se registra la crisis de los productores y *negotiatores* bajoimperiales; en su lugar los norteafricanos y orientales los susituyen y se imponen en el comercio marítimo ya en el siglo V con sus productos (Late Roman C, ánforas, ARS...). A mediados del siglo VII la crisis de estas redes comerciales alcanza también a las regiones mediterráneas catalanas y valle del Ebro (Járrega, 1991; Paz Peralta, 1991, Gutiérrez Lloret, 1993),⁴⁴ en tanto que zonas como la levantina (Valencia, Benalúa) y el sureste (Cartagena, Villaricos...), bajo control bizantino, experimentan una mayor vitalidad urbana y comercial; aquí las importaciones y contactos con los centros mediterráneos se

⁴⁰ V. entre otros Járrega (1991) o las contribuciones en los Coloquios de Cerámica Medieval del Mediterráneo, las Reuniones de Arqueología Paleocristiana o los congresos y revistas de arqueología medieval.

⁴¹ CEVPP (1989), Caballero, (2003), para época visigoda, o Gutiérrez González y Bohigas Roldán (1989) para época medieval, además de algunas aportaciones más recientes en las publicaciones mencionadas en la nota anterior.

⁴² López Rodríguez (1985).

⁴³ Fernández Ochoa, García Díaz y Uscatescu (1992).

⁴⁴ Járrega (2000) afirma que la crisis afecta principalmente a la *sigillata* africana, en tanto que aumentan las importaciones de ánforas y lucernas africanas hasta mediados del siglo VII, por lo que la causa de la recesión comercial en el nordeste no sería la rivalidad entre visigodos y bizantinos, sino más bien el fin de los centros productores tunecinos, que pudo deberse ya a la conquista islámica del norte de África.

mantienen e incluso se incrementan (Méndez Ortiz, 1988, Gutiérrez Lloret, 1993), hasta la conquista de la región por el reino toledano. A partir de mediados del siglo VII la desestructuración de los circuitos y, en general, del sistema político del reino visigodo de Toledo produce una tendencia similar a la del interior peninsular.

Una evolución similar en los procesos productivos se observa a través de otros registros como la metalistería. La importancia que cobró la toréutica germánica para constatar la presencia y predominio visigodo en la península impulsó amplios estudios comparativos y difusionistas a lo largo del siglo XX. Algunos trabajos (Ripoll, 1991, 1998) relativizan la impronta germánica de unas producciones con raíces tardo-romanas, así como la asignación a un determinado grupo étnico, habida cuenta de la heterogeneidad de su composición poblacional; al mismo tiempo, dan cuenta de la notable influencia bizantina en la toréutica, orfebrería y metalurgia hispanovisigoda (broches, jarritos, cruces...).

Por otra parte, la producción de metal, especialmente hierro, va constatándose en más lugares tardoantiguos y altomedievales. En ciudades y villas tardorromanas anteriores espacios públicos o residenciales son reconvertidos en establecimientos siderúrgicos (fraguas, hornos, cubetas...) desde el siglo V en adelante. La importancia que va a ir cobrando el control de la producción metálica por parte de las élites locales se evidencia también en la época altomedieval con estructuras de siderurgia primaria (reducción del mineral) o secundaria (confección de útiles y armamento) en centros de poder feudal, como castillos y monasterios.⁴⁵

Otros aspectos de la producción artesanal, como la fabricación de objetos de vidrio o madera, o de la producción agraria, así como del conocimiento tecnológico son aún pocos conocidos.⁴⁶ Respecto

a la construcción, ya hemos señalado en apartados anteriores las dificultades de estudio y adscripción cultural y cronológica de las iglesias hispanas; los criterios sobre las técnicas de construcción, materiales, formas, aparejos, suelos, escultura, etcétera son temas aún en discusión. La reciente aplicación de técnicas arqueológicas a los paramentos va imprimiendo un carácter más científico al estudio diacrónico de los edificios. Un aspecto aún poco investigado es la sustitución de las formas edilicias romanas por otras más precarias (con madera, barro y materiales romanos reutilizados) a lo largo de la época tardoantigua y altomedieval, que cada vez más frecuentemente va constatándose en ámbitos urbanos y rurales (Azkárate y Quirós, 2001).

A modo de conclusiones, podemos señalar, en primer lugar, las desigualdades en el estado de conocimientos entre las diferentes épocas (tardoantigua y altomedieval) y las diferentes regiones peninsulares. Las causas podemos encontrarlas tanto en la propia heterogeneidad espacial e histórica como en las tendencias historiográficas. Entre estas destaca la principal atención, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, prestada a destacar la dominación y huella visigoda, como sustitución del Imperio romano y creadora de un nuevo Estado. En la segunda mitad de la centuria, en cambio, la tendencia se dirigió a relativizar la predominancia germánica, resaltando la tradición hispanorromana en la base social, poblacional y material de la época tardoantigua. En la última década asistimos a una mayor interdisciplinariedad en el estudio de la transición entre el mundo antiguo y el medieval, con nuevas perspectivas y una renovación de planteamientos para indagar en el origen de las sociedades feudales. Con ello comienzan a romperse los moldes clásicos y los compartimentos estancos entre disciplinas y métodos de estudio.

⁴⁵ Sobre esta cuestión, v. Francovich (1993), Olmo Enciso (1992 y 1995), Gutiérrez González, Argüello y Larrazábal Galazarka (1993), Caballero Zoreda y Fernández Mier (1999) o las I Jornadas sobre Minería y Tecnología en la Edad Media Peninsular (1996).

⁴⁶ V., por ejemplo, Gamó Parras (1995), para el vidrio de época visigoda;

Mingote Calderón (1996), para la tecnología agrícola, o las I Jornadas sobre Minería y Tecnología en la Edad Media Peninsular (1996).

BIBLIOGRAFÍA

- I Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME), Huesca 1985, Zaragoza, 1986.
- II Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME), Madrid 1987, Madrid, 1987.
- III Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME), Oviedo 1989, Oviedo, 1987-1992.
- IV Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME), Alicante 1993, Alicante, 1993.
- V Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME), Valladolid 1999, Valladolid, 2001.
- I Congrés d'arqueologia medieval i moderna de Catalunya, 1998. Actes, Barcelona, 2000.
- I Curso de Cultura Medieval, Aguilar de Campoo, 1991.
- I Jornadas sobre Minería y Tecnología en la Edad Media Peninsular, León, 1996.
- II Jornadas Burgalesas de Historia. Burgos en la alta Edad Media, Burgos, 1991.
- II Reunió d'arqueologia paleocristiana hispànica. (Montserrat, 1978), Barcelona, 1982.
- III Reunió d'arqueologia paleocristiana hispànica (Maó, 1988), Barcelona, 1994.
- IV Reunió d'arqueologia paleocristiana hispànica (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995.
- V Reunió d'arqueologia paleocristiana hispànica (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000.
- ABAD CASAL, L., S. GUTIÉRREZ LLORET y R. SANZ GAMO (1998): *El Tolmo de Minateda: una historia de tres mil quinientos años*, Toledo.
- ALBA, M., (1997) OCUPACIÓN DIACRÓNICA DEL ÁREA ARQUEOLÓGICA DE MORERÍA (Mérida), Mérida. *Excavaciones Arqueológicas. 1994-1995. Memoria I*, Mérida, pp. 285-315.
- (1998) CONSIDERACIONES ARQUEOLÓGICAS EN TORNO AL SIGLO V EN MÉRIDA: REPERCUSIONES EN LAS VIVIENDAS Y EN LA MURALLA, Mérida. *Excavaciones Arqueológicas. 1996. Memoria 2*, Mérida, pp. 361-385.
- (1999) SOBRE EL ÁMBITO DOMÉSTICO DE ÉPOCA VISIGODA EN MÉRIDA, Mérida. *Excavaciones Arqueológicas. 1997. Memoria 3*, Mérida, pp. 387-418.
- (2000) TRANSICIÓN DE UN ESPACIO DOMÉSTICO Y VIARIO DE ÉPOCA ROMANA A LA TARDOANTIGÜEDAD, Mérida. *Excavaciones Arqueológicas. Memoria 4*, Mérida, pp. 277-303.
- ALONSO SÁNCHEZ, M. A. (1976): «Necrópolis de El Cerro de las Losas en El Espartal (Madrid)», en *Noticario Arqueológico Hispánico*, 4, pp. 287-322.
- (1991): «Arqueología paleocristiana y visigoda», en *Bol. Asoc. Amigos Arq.*, 30-31, pp. 279-290.
- AMO, M. D. de (1979-1989): *Estudio crítico de la necrópolis paleocristiana de Tarragona*, tres vol.
- ANDRÍO, J., et al. (1992): *El conjunto arqueológico del monasterio de San Juan de la Hoz de Cillaperlata (Burgos)*, Junta de Castilla y León.
- (1985) *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía. II: del Conventus Carthaginensis a la Chora de Tudmir*, Universidad de Murcia.
- (1986) *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía. III: los visigodos, historia y civilización*, Universidad de Murcia.
- (1988) *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía. V: arte y poblamiento en el sureste peninsular durante los últimos siglos de civilización romana*, Universidad de Murcia.
- (1991) *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía. VIII: arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad tardía*, Universidad de Murcia.
- ARBEITER, A. (2000): «ALEGATO POR LA RIQUEZA DEL INVENTARIO MONUMENTAL HISPANOVISIGODO, VISIGODOS Y OMEYAS. *Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*», *Anejos de AEspA*, XXIII, pp. 249-263.
- ARBEITER, A., y S. NOACK-HALEY (1999): *Christliche Denkmäler des frühen Mittelalters von 8. bis ins 11. Jahrhundert*.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1975): *La necrópolis visigoda del lugar La Varella-Castellar*, EAE, 87.
- ARIAS PÁRAMO, L. (1993): *Prerrománico asturiano: arte de la monarquía Asturiana*, Gijón.
- ARIAS VILAS, F. (1993): «Apuntes sobre a ocupación do territorio na Galicia baixorromana: castros e vilas», en *Galicia: da romanidade á xermanización. Problemas históricos e culturais*, Santiago de Compostela, pp. 201-208.
- (1996): *Guía del castro de Viladonga (Castro de Rey, Lugo)*, Castro de Rey. *Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Junta de Castilla y León, 1996.
- AZKÁRATE, GARAI-OLAUN A. (1988): *Arqueología cristiana de la Antigüedad tardía en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Vitoria.
- (1990): «Algunas consideraciones sobre la arqueología de época germánica en Euskal Herria», en *Munibe*, 42.
- (1991): «El eremitismo de época visigótica. Testimonios arqueológicos», en *Cuarto seminario sobre el monacato. Codex Aquilarensis*, 5, Aguilar de Campoo, pp. 141-179.
- (1999): *Aldaieta. Necrópolis tardoantigua de Aldaieta (Nanclares de Gamboa, Álava). Volumen I: memoria de la excavación e inventario de los hallazgos*, Vitoria.
- AZKARATE, A., CÁMARA, L., LASAGABASTER, J. I., LATORRE, P. (2001): *Plan director para la restauración de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz*, Vitoria.
- AZKARATE, A. y GARCÍA CAMINO, I. (1996): *Estelas e inscripciones medievales en el País Vasco occidental (ss. VI-XI)*, Bilbao.
- AZKARATE, A. y QUIRÓS, J. A. (2001): «Arquitectura doméstica altomedieval en la Península Ibérica. Reflexiones a partir de las excavaciones arqueológicas de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz, País Vasco», *Archeologia Medievale*, XXVIII, pp. 25-60.
- BANGO TORVISO, I. (1974): «Arquitectura de la décima centuria: ¿re población o mozarabe?», *GOYA*, 122, 68-75.
- BARCELÓ, M., et al. (1988): *Arqueología medieval: en las afueras del medievalismo*, Barcelona.
- BARRAL I ALTET, X. (1982): «Transformacions de la topografia urbana a la Hispania cristiana durant l'Antiguitat tardana», en *II Reunió d'arqueologia paleocristiana hispanica (Montserrat, 1978)*, pp. 105-132.
- (1992): «La cristianización de las ciudades romanas de Hispania», en *Jornadas sobre Santa Eulalia de Mérida*, Mérida, pp. 51-55.
- BARRIO MARTÍN, J., y A. FUENTES DOMÍNGUEZ (1999): «El cerro de la Virgen del Castillo (Bernardos, Segovia): un hábitat tardoantiguo en la meseta norte», en *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*, Zamora, 1999, t. II.
- BARRIOS GARCÍA, A. y MARTÍN VISO, I. (2000-2001): «Reflexiones sobre el poblamiento rural altomedieval en el norte de la Península Ibérica», *Studia Historica, Historia Medieval*, 18-19, pp. 53-83.
- BARROSO CABRERA, R., y J. MORÍN DE PABLOS (1999): *El árbol de la vida. Un*

- estudio de iconografía visigoda: *San Pedro de la Nave y Quintanilla de las Viñas*, Madrid.
- BELTRÁN LLORIS, M. (1979): «Memoria de las excavaciones arqueológicas en la necrópolis hispanovisigoda del Alto de la Barilla (Cuarte, Zaragoza)», en *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 6, pp. 543-580.
- BLASCO, J., et al. (1994): «Estat actual de la investigació arqueològica de l'antiguitat tardana a la ciutat de València», en *III Reunió d'arqueologia paleocristiana hispanica*, Barcelona, pp. 185-197.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. (1986): *Yacimientos arqueológicos medievales del sector central de la montaña cantábrica*, Santander.
- (1999): «Fuentes arqueológicas y organización social del espacio en el reino de Castilla», en J. A. García de Cortázar (ed.), *Del Cantábrico al Duero: trece estudios sobre organización social del espacio en los siglos VIII a XIII*, Universidad de Cantabria, 1999, pp. 75-121.
- M. GARCÍA ALONSO y P. SARABIA ROGINA (1987): «El Castillo de Camargo y los castros altomedievales de Cantabria», *II CAME*, III, pp. 314-325.
- BOHIGAS ROLDÁN, R., IRALA, V. y L. MENÉNDEZ, (1982): CUEVAS ARTIFICIALES DE VALDERREDIBLE (Santander), *Sautuola*, III, 279-294.
- BOHIGAS ROLDÁN, R., et al. (1996): TEDEJA, UN CASTILLO EN EL NACIMIENTO DE CASTILLA, *Castillos de España*, 105, marzo 1996, pp. 3-13.
- BOLÓS, J. (1992): «Aportació al coneixement de l'hàbitat isolat d'època medieval: el Mas B de Vilosiu (Berguedà, Catalunya)», *III CAME*, II, Oviedo, pp. 463-471.
- (1996): *Un mas pireneic medieval: el mas B de Vilosiu (Cercs, Berguedà). Estudi dels edificis i dels materials trobats durant les excavacions (1984-1986)*, Llérida.
- (1997): «El territori i els seus límits. El poble, la parròquia i el castell a l'edat mitjana», en *Territori i Societat a l'Edat Mitjana. Història, arqueologia, documentació*, 1, Llérida, pp. 41-82.
- BOLOS, J. y A. SERRA (1985a): «El mas A de Vilosiu», en *Catalunya Romànica*, XII, Barcelona, pp. 238-241.
- (1985b): «El mas B de Vilosiu», en *Catalunya Romànica*, XII, Barcelona, pp. 241-242.
- BOURNAZEL, E. y J. P. POLY, (dirs.) (1998): *Les féodalités*, París.
- CABALLERO ZOREDA, L. (1988): «Monasterios visigodos: evidencias arqueológicas», en *Primer Seminario sobre el monacato. Codex Aquilarensis*, 1, pp. 31-50.
- (1993): «¿Visigodo o asturiano? Nuevos hallazgos en Mérida y otros datos para un nuevo "marco de referencia" de la arquitectura y la escultura altomedieval en el norte y oeste de la península ibérica», en *XXXIX Corso di Cultura sull'Arte Ravennate e Bizantina*, Rávena, pp. 139-190.
- (1994): «Un canal de transmisión de lo clásico en la Alta Edad Media española: arquitectura y escultura de influjo omeya en la península ibérica entre mediados del siglo VIII e inicios del X (I)», *Al Qantara*, 15, pp. 321-348; (II), 16, pp. 107-204.
- y J. I. LATORRE MACARRÓN (1980): *La iglesia y el monasterio visigodo de Santa María de Melque (Toledo). Arqueología y arquitectura. San Pedro de la Mata (Toledo) y Santa Comba de Bande (Orense)*, EAE, 109.
- y FEIJOO MARTÍNEZ, S. (1998): «LA IGLESIA ALTOMEDIEVAL DE SAN JUAN DE BAÑOS DE CERRATO», *AEspA*, 71, pp. 181-242.
- y P. MATEOS (1992): «Trabajos arqueológicos en la iglesia de Santa Eulalia de Mérida», en *Jornadas sobre Santa Eulalia de Mérida*, Mérida, pp. 15-50.
- y MATEOS, P. (ed.) (2000): *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Anejos de AEspA, XXIII.
- y MATEOS, P. y RETUERCE, M. (ed.), *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad*, Anejos de AEspA XXVIII, 2003.
- y F. ARCE (1997): «La iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora). Arqueología y Arquitectura», en *AEspA*, 70, pp. 221-274.
- y M. FERNÁNDEZ MIER (1999): «Notas sobre el complejo productivo de Melque (Toledo)», en *AEspA*, 72, pp. 199-239.
- et al. (1994): «La iglesia prerrománica de San Pedro el Viejo de Arlanza (Hortigüela, Burgos)», en *Nvmantia*, 5, pp. 139-165.
- y F. SÁEZ LARA (1999): *La iglesia mozárabe de Santa Lucía del Trampal, Alcuéscar (Cáceres). Arqueología y Arquitectura*, Mérida.
- CASA MARTÍNEZ, C. DE LA (1992): *Las necrópolis medievales en la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León.
- CASTELLANOS, S. M. (1997): «Consideraciones en torno al poblamiento rural del actual territorio riojano durante la Antigüedad tardía», en *VII Semana de Estudios Medievales*, Nájera, pp. 331-342.
- CASTILLO, A. DEL (1972): *Excavaciones altomedievales en las provincias de Soria, Logroño y Burgos*, EAE, 74.
- *Castrum 3: guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen Âge*, Casa de Velázquez, 1988.
- *Ceràmica medieval catalana: el monument, document*, Diputació de Barcelona, 1997.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1983a): «Excavaciones realizadas en la necrópolis de Santillán (Casafranca, Salamanca)», en *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 16, pp. 279-287.
- (1983b): *La basílica de época visigoda de Ibañero (Cáceres)*, Cáceres.
- (1989): «El mundo funerario y religioso en época visigoda», en *III CAME*, I, pp. 89-110.
- 1985: *Extremadura visigoda. Entre el Imperio Romano y la invasión musulmana*, *Historia de Extremadura*, t. I, Badajoz, pp. 181-207.
- CEVPP (CERÁMICA DE ÉPOCA VISIGODA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: PRECEDENTES Y PERDURACIONES) (1989), *BAM*, 3.
- *Coloquio Hispano-Italiano de Arqueología Medieval*, Granada, 1992.
- *Contextos cerámicos d'època romana tardana i de l'Alta Edat Mitjana (segles IV-X)*, Arqueo Mediterrània, 2, Barcelona, 1997.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (1986): *San Pedro de la Nave: estudio histórico y arqueológico de la iglesia visigoda*, Zamora.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1985): *Mérida visigoda: la escultura arquitectónica y litúrgica*, Badajoz.
- CHAVARRÍA ARMAU, A. (2001): «Poblamiento rural en el Territorium de Tarraco durante la Antigüedad Tardía». *Arqueología y territorio medieval*, n.º 8, pp.77-95.
- DÍAZ MARTÍNEZ, P. C. (1987): *Formas económicas y sociales en el monacato visigodo*, Salamanca.
- DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A., y J. NUÑO GONZÁLEZ (1997): «Reflexiones sobre los sistemas defensivos tardoantiguos en la meseta norte: a propósito de la muralla de El Cristo de San Esteban (Muelas del Pan, Zamora)», en *Congreso Internacional la Hispania de Teodosio*, JCL, vol. II, pp. 435-449.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1986): «Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la península ibérica», en *I CAME*, t. II, pp. 165-186.
- ESCALONA MONGE, J. (1991): «Algunos problemas relativos a la génesis de las estructuras territoriales de la Castilla altomedieval», en *II Jornadas Burgalesas de Historia. Historia de Burgos en la Alta Edad Media*, Burgos, pp. 489-506.
- (1992): «Poblamiento y organización territorial en el sector oriental de la cuenca del Duero en la Alta Edad Media», en *III CAME*, Oviedo, pp. 448-455.

- (1997): *L'Europe héritière de l'Espagne Wisigothique*, Madrid.
- FABIÁN, J. F., et al. (1986): «Los poblados hispano-visigodos de Cañal (Pelayos, Salamanca): consideraciones sobre el poblamiento entre los siglos V y VIII en el sureste de la provincia de Salamanca», en *I CAME*, t. II, pp. 187-202.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1981): «Villa romana y basílica cristiana en España», en *La religión romana en Hispania*, Madrid, pp. 381-390.
- FERNÁNDEZ-GALIANO RUIZ, D. (1976): «Excavaciones en la necrópolis hispanovisigoda del Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 4, pp. 5-90.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ F., D. OLIVA ALONSO y M. PUYA GARCÍA DE LEANIZ (1984): «La necrópolis tardorromana-visigoda de Las Huertas en Pedrera (Sevilla)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19, pp. 271-387.
- J. ALONSO DE LA SIERRA y M. G. LASSO DE LA VEGA (1987): «La basílica y necrópolis paleocristianas de Gerena (Sevilla)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 29, pp. 103-199.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1996): «Transformación del poblamiento en la transición del mundo antiguo al medieval en la montaña asturiana (península ibérica)», en *Archeologia Medievale*, XXXIII, pp. 101-128.
- (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana: el valle del río Pigüña*, Oviedo.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., P. GARCÍA DÍAZ y A. USCATESCU (1992): «Gijón en el periodo tardoantiguo: cerámicas importadas de las excavaciones de Cimadevilla», en *AEspA*, 65.
- y A. MORILLO CERDÁN, (1991-1992): «Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, 1991, pp. 227-259 y 19, 1992, pp. 319-360.
- FERNÁNDEZ UGALDE, A. (1994): «El fenómeno del relleno de silos y la implantación del feudalismo en Madrid y en el reino de Toledo», *IV CAME*, II, 611-617.
- FITÉ, F. (1989): «Arquitectura militar y repoblación en Cataluña (siglos VIII al XI)», en *III CAME*, I, pp. 193-235.
- FRANCOVICH, R. (1990): «Some Notes on Medieval Archaeology in Mediterranean Europe», en *The Study of Medieval Archaeology. European Symposium for Teachers of Medieval Archaeology. Lund*, Estocolmo, pp. 49-62.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1989): *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas necrópolis del Duero*, Cuenca.
- (1995): «Extremadura en la tardía Antigüedad», en *Extremadura Arqueológica*, IV. *Arqueología en Extremadura: diez años de descubrimientos*, pp. 217-237.
- (1997): «Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V», en *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*, JCL, vol. II, pp. 477-496.
- Galicia: da romanidade á xermanización. Problemas históricos e culturais*, Museo do Pobo Galego, 1993.
- Gallo-romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne*. Actes des VIIe Journées internationales d'Archéologie mérovingienne, Toulouse, 1985, Rouen, 1991.
- GAMO PARRAS, B. (1995): «Vidrios de época visigoda en España: una aproximación», en *Le Verre de l'Antiquité Tardive et du Haut Moyen Âge. Typologie, chronologie, diffusion*, Musée Archéologique du Val d'Oise, pp. 301-317.
- GARCÍA CAMINO, I. (1998): «La vivienda medieval: Perspectivas de investigación desde la arqueología, La vida cotidiana en la Edad Media», *VII Semana de Estudios Medievales*, Nájera, pp. 77-110.
- (2002): *Arqueología y poblamiento en Bizkaia, siglos VI-XII. La configuración de la sociedad feudal*, Bilbao.
- GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. (1995): *Arqueología cristiana de la Alta Edad Media en Asturias*, Oviedo.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. (1998): «Organización social del espacio; propuestas de reflexión y análisis histórico de sus unidades en la España medieval», *Studia Historica. Historia Medieval*, VI, pp. 195-236.
- (1990): *La sociedad rural en la España Medieval*, Madrid.
- (1991): «La repoblación del valle del Duero en el siglo IX: del yermo estratégico a la organización social del espacio», *Actas del Coloquio de la V Asamblea General de la Sociedad Española de Estudios Medievales, Zaragoza*, pp. 15-40.
- (1994): «Crecimiento económico y síntomas de transformación en las estructuras de la sociedad y del hábitat en el reino de Alfonso III de Asturias, La época de Alfonso III y San Salvador de Valdediós», Oviedo, pp. 27-53.
- (1995): «Las formas de organización social del espacio del valle del Duero en la Alta Edad Media: de la espontaneidad al control feudal», *Despoblación y colonización del valle del Duero. Siglos VIII-XX*, León, pp. 11-44.
- (2002): «Estructuras del poder y el poblamiento en el solar de la monarquía asturiana (años 711-910)», *La época de la monarquía asturiana*, Oviedo, pp. 415-450.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y C. DIEZ HERRERA, (1982): *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII a XI. Planteamiento de una hipótesis y análisis del caso de Liébana, Asturias de Santillana y Trasmiera*, Santander.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y E. PEÑA BOCOS, (1991): «De alfoques, aldeas y solares en la Castilla de los siglos IX a XI, ¿una formalización -feudal- del espacio?», *Miscel.lània en homenatge al P. Agustí Altisent*, Tarragona, pp. 183-202.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. et al. (1985): *Organización social del espacio en la España Medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII al XV*, Barcelona.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. (ed.) (1999): *Del Cantábrico al Duero. Trece estudios sobre organización social del espacio en los siglos VIII al XIII*, Santander.
- GARCÍA GONZÁLEZ, J. J. (1995): «Fronteras y fortificaciones en territorio burgaleses en la transición de la Antigüedad a la Edad Media», en *Cuadernos Burgaleses de Historia Medieval*, 2, Burgos, pp. 7-69.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1975): *El fin del reino visigodo de Toledo. Decadencia y catástrofe. Una contribución a su crítica*, Madrid.
- (1977-1978): «La cristianización de la topografía de las ciudades de la península ibérica durante la Antigüedad tardía», en *AEspA*, L-LI, pp. 311-321.
- (1983): «El paisaje rural y algunos problemas ganaderos en España durante la Antigüedad tardía (ss. V-VIII)», en *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz*, Buenos Aires, pp. 401-426.
- (1989): *Historia de España visigoda*, Madrid, 1989.
- (1991): «El hábitat rural disperso en la península ibérica durante la Antigüedad tardía (siglos V-VII)», en *Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía. V: arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad tardía*, Universidad de Murcia, pp. 265-273.
- (1993): «La ciudad visigoda», en *A cidade*, Lisboa.
- GAREN, S. (1992): «Santa María de Melque and Church Construction under Muslim Rule», en *Journal of the Society of Architectural Historians*, 51-3, pp. 288-306.

- (1997): «Transformations and creativity in Visigothic-period Iberia», en *Antigüedad y cristianismo*, 14, Murcia, pp. 511-524.
- GIRALT I BALAGUERÓ, J., y F. TUSET (1993): «Modelos de transformación del mundo urbano en el noreste peninsular (siglos v-xi)», en *IV CAME*, 1, Alicante, pp. 37-46.
- GODOY FERNÁNDEZ, C. (1995): *Arqueología y liturgia. Iglesias hispánicas (siglos iv al viii)*, Barcelona.
- GURT, J. M., G. RIPOLL y C. GODOY (1994): «Topografía de la Antigüedad tardía hispánica: reflexiones para una propuesta de trabajo», en *Antiquité Tardive*, 2, París, pp. 161-180.
- GURT, J. M. y C. GODOY, (eds.) (2000): *Sedes Regiae (ann. 400-800)*, Barcelona.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1985): *Poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa*, León.
- (1995): *Fortificaciones y feudalismo en el origen y formación del reino leonés (siglos ix-xiii)*, Valladolid.
- (1996): «El Páramo leonés entre la Antigüedad y la Alta Edad Media», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 14, pp. 47-96.
- (1997): «Expansión y consolidación feudal del reino de Asturias: las fortificaciones de Alfonso III en la montaña leonesa», en *Homenaje a Juan Uribe Riu*, t. I, Oviedo, pp. 275-300.
- (2001): «Dominio político y territorio en la formación del feudalismo en el norte peninsular. Propuestas y reflexiones», *Actas del V CAME*, Valladolid, pp. 629-655.
- (2001): «La fortificación prefeudal en el norte peninsular: castros y recintos campesinos en la alta Edad Media», *Mil anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*: Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos, Lisboa-Palmela, pp. 19-28.
- (2002): «Del Castrum al Castellum. Los castros entre la Antigüedad y la Edad Media», *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Coloquios de Arqueología en la Cuencia del Navia, Navia, pp. 301-316.
- (2003): *Peñaferruz (Gijón). El castillo de Curiel y su territorio*, Gijón.
- y C. BENÍTEZ GONZÁLEZ (1996): «Los tiempos oscuros: la transición a la Edad Media en tierras leonesas», en *ArqueoLeón. Historia de León a través de la arqueología*, León, pp. 107-122.
- y R. BOHIGAS ROLDÁN (1989) (eds.): *La cerámica medieval en el norte y noroeste de la península ibérica: aproximación a su estudio*, León.
- J. J. ARGÜELLO y J. LARRAZÁBAL GALAZARZA (1993): «Minería y metalurgia en torno a la cordillera Cantábrica: primeras evidencias arqueológicas y propuestas de estudio», en *IV CAME*, III, pp. 905-917.
- y F. MIGUEL HERNÁNDEZ (1999): «Génesis del urbanismo en la ciudad de León y su transformación en la Edad Media», en *La península ibérica y el Mediterráneo entre los siglos xi y xii. III: el urbanismo en los Estados cristianos peninsulares*, Aguilar de Campoo, pp. 43-90.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1993): «De la civitas a la madina: destrucción de la ciudad en el sureste de Al-Andalus (el debate arqueológico)», en *IV CAME*, 1, Alicante, pp. 13-36.
- GUTIÉRREZ PALACIOS, A. (1996): *Miscelánea arqueológica de Diego Álvaro*, Ávila.
- HIDALGO, M. J., D. PÉREZ, y M. J. GERVÁS, (eds.) (1998): *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca.
- HÜBENER, W. (1974): «Problemas de las necrópolis visigodas españolas desde el punto de vista centro-europeo», en *Miscelánea Arqueológica*, 1, Barcelona, pp. 361-378.
- Il feudalesimo nell'Alto Medioevo*, Spoleto, 2000.
- Innovación y continuidad en la España visigótica*, Toledo, 1981.
- IZQUIERDO BENITO, R. (1977): «Ensayo de una sistematización tipológica de la cerámica de necrópolis de época visigoda», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 80, pp. 838-865.
- (1994): «La arqueología medieval en España: antecedentes y estado actual», en *Arqueología y Territorio Medieval*, Jaén, pp. 119-127.
- JAMES, E. (eds.) (1980): *Visigothic Spain: New Approaches*, Oxford.
- JÁRREGA, R. (1991): *Cerámicas finas tardorromanas y del Mediterráneo oriental en España: estado de la cuestión*, anejo *AEspA*, XI, Madrid.
- Jornadas internacionales. Los visigodos y su mundo*, Madrid, 1997.
- Jornadas sobre Santa Eulalia de Mérida*, Mérida, 1992.
- JUAN, E., e I. PASTOR (1989): «Los visigodos en Valencia. Pla de Nadal: ¿una villa áulica?», en *BAM*, 3, pp. 137-179.
- JUAN TOVAR, L. C., y J. F. BLANCO GARCÍA (1997): «Cerámica común tardorromana, imitación de *sigillata*, en la provincia de Segovia. Aproximación al estudio de las producciones cerámicas del siglo v en la meseta norte y su transición al mundo hispanovisigodo», en *AEspA*, 70, pp. 171-219.
- La Península Ibérica en torno al año 1000*, VII Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz, León, 2001.
- LARREA, J. J. (1998): *La Navarre du iv^e au xiv^e siècle: peuplement et société*, París.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. (1986): «Excavaciones arqueológicas en San Miguel de Escalada (León)», en *I CAME*, II, pp. 103-123.
- LECANDA ESTEBAN, J. A. (1997): «De la Tardoantigüedad a la plena Edad Media en Castilla a la luz de la arqueología», en *VII Semana de Estudios Medievales*, Nájera, pp. 297-329.
- MIJANGOS: «la aportación de la epigrafía y el análisis arqueológico al conocimiento de la transición a la alta Edad Media en Castilla, Visigodos y Omeyas». *Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Anejos de *AEspA*, XXIII, 2000, 181-206.
- LÓPEZ QUIROGA, J. (2004): *El final de la Antigüedad en la Gallaecia. La transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos v al x)*, La Coruña.
- LÓPEZ QUIROGA, J., y M. RODRÍGUEZ LOVELLE (1993): «Poblamiento rural en el noroeste de la península ibérica (ss. vi-xi): una introducción al estudio del poblamiento rural entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media en Galicia a través de un análisis microrregional», en *BAM*, 7, pp. 21-52.
- (1997): «Un modelo de análisis del poblamiento rural en el valle del Duero (siglos viii-x) a partir de un espacio macrorregional: las tierras galaicoportuguesas», en *Anuario de Estudios Medievales*, 27, pp. 687-748.
- (1999): «Topografía funeraria rural entre el Miño y el Duero durante la Antigüedad tardía (s. v-vii): aproximación a un marco cronológico y tipológico», en *Madrid Mitteilungen*, 40, pp. 228-253.
- LÓPEZ QUIROGA, J. y F. G. RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (2000-2001), «El "final" de las villae en Hispania. I. La transformación de las pars urbana de las villae durante la Antigüedad Tardía», *Portugalia*, XXI-XXII, pp. 137-190.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1985): *La terra sigillata hispánica tardía decorada a molde de la península ibérica*, Valladolid, Salamanca.
- LORING GARCÍA, M. I. (ed.) (1997): *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al Prof. Abilio Barbero de Aguilera*, Madrid.
- MALPICA CUELLO, A. (1993): «Historia y arqueología medievales: un debate que continúa», en *Problemas actuales de la historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca, pp. 29-47.
- MALPICA CUELLO, A. y T. QUESADA, T. (eds.) (1994): *Los orígenes del Feudalismo*

- en el mundo Mediterráneo, Granada.
- MANGAS MANJARRÉS, J., y J. M. SOLANA SAINZ (1985): *Romanización y germanización de la meseta norte*, en *Historia de Castilla y León*, 2.
- MARTÍN VISO, I. (1995): «Poblamiento y sociedad en la transición al feudalismo en Castilla: castros y aldeas en la Lora burgalesa», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 13, pp. 3-45.
- (2000a): «La creación de un espacio feudal: el valle de Valdivieso», en *Hispania*, 196, pp. 679-707.
- (2000b): *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la península ibérica (siglos VI-XIII)*, Universidad de Salamanca.
- MATEOS CRUZ, P. (1995) «Arqueología de la tardoantigüedad en Mérida: estado de la cuestión», *Los últimos visigodos en Lusitania*. CUADERNOS EMERITENSES, nº 10, Mérida, 125-152.
- (1999): *La basílica de Santa Eulalia de Mérida*. Arqueología y Urbanismo, Anejos de AEspA, XIX.
- y M. ALBA CALZADO (2000): *De Emerita Augusta a Marida, Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Anejos de AEspA, XXIII, pp. 143-168.
- MATESANZ VERA, P. (1991): «Arqueología medieval cristiana después de 20 años: confirmación de una realidad», en *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31, pp. 291-301.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A., y S. RASCÓN MARQUÉS (1989): *Los visigodos en Alcalá de Henares*, Alcalá de Henares.
- MÉNDEZ ORTIZ, R. (1988): «El tránsito a la dominación bizantina en Cartagena: las producciones cerámicas de la plaza de los Tres Reyes», en *Antigüedad y Cristianismo*, v, Murcia, pp. 31-164.
- y S. F. RAMALLO ASENSIO (1985): «Cerámicas tardías (siglos IV-VII) de Cartago Nova y su entorno», en *Antigüedad y Cristianismo*, II, Murcia, pp. 231-269.
- MENÉNDEZ BUEYES, L. R. (1995-1996): «Algunas notas sobre el posible origen asturromano de la nobleza en el Asturorum Regnum», en *Studia Histórica. Historia Antigua*, 13-14, pp. 437-456.
- MIGUEL HERNÁNDEZ, F. (1996): «Monasterios leoneses en la Edad Media: Palat del Rey y Carracedo», en *ArqueoLeón. Historia de León a través de la arqueología*, León, pp. 131-162.
- MINGOTE CALDERÓN, J. L. (1996): *Tecnología agrícola medieval en España: una relación entre la etnología y la arqueología a través de los aperos agrícolas*, Madrid.
- NOACK-HALEY, S. (1991): *Mozarabischer Baudekor, I: Die Kapitelte*.
- y A. ARBEITER (1994): *Asturische Königsbauten des 9. Jahrhunderts*, Madrid.
- NOGUERA CELDRÁN, J. M. (1999) (ed.): *Arquitectura de la Antigüedad tardía en la obra de C. de Mergelina. Los mausoleos de La Alberca y Jumilla*, 1999.
- NOVO GÜISÁN, J. M. (1992): *Los pueblos vascocantábricos y galaicos en la Antigüedad tardía (siglos III-IX)*, Alcalá de Henares.
- NOZAL CALVO, M., y F. PUERTAS GUTIÉRREZ (1995): *La terra sigillata paleocristiana gris en la villa romana de La Olmeda*, Valladolid.
- OLMO ENCISO, L. (1986): «Problemática de las fortificaciones altomedievales (siglos VI-VIII) a raíz de los últimos hallazgos arqueológicos», en *I CAME*, II, pp. 13-23.
- (1987): «Los conjuntos palatinos en los contextos de la topografía urbana altomedieval de la península ibérica», en *II CAME*, II, pp. 345-352.
- (1991): «Ideología y arqueología: los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX», en *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Congreso Internacional (Madrid, 1988), Madrid: CSIC, ICRBC, pp. 157-160.
- (1992): «El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos: datos sobre la heterogeneidad de la península ibérica», en *Coloquio hispano-italiano de arqueología medieval*, Granada, pp. 185-198.
- (1995): «Proyecto Recópolis: ciudad y territorio en época visigoda», en *Arqueología en Guadalajara*, Toledo, pp. 211-223.
- (1998): «Consideraciones sobre la ciudad en época visigoda», en *Arqueología y territorio medieval*, 5, Jaén, pp. 109-118.
- (2000): «Ciudad y procesos de transformación social entre los siglos VI y IX: de Recópolis a Racupel», *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Anejos de AEspA, XXIII, pp. 385-399.
- PALOL, P. DE (1964): *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo. I. Jarritos y patenas litúrgicos*, Barcelona, 1950.
- *Excavaciones en la necrópolis de San Juan de Baños (Palencia)*, EAE.
- (1966): «Demografía y arqueología hispánicas (siglos IV-VIII): ensayo de cartografía», en *BSAA*, 32, pp. 5-67.
- (1967): *Arqueología cristiana de la España romana (siglos IV-VI)*. I: monumentos, Madrid, Valladolid.
- (1988): *La basílica de San Juan de Baños*, Palencia.
- (1989): *El Bouvatar (Seròs, Segrià). Conjunt d'època paleocristiana y visigòtica*, Barcelona.
- (1991): «Estat actual de la investigació arqueològica de temps visigoths a Hispania. Esquema de ponència», en *Gallo-romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne. Actes des VII^e Journées Internationales d'Archéologie Mérovingienne (Toulouse, 1985)*, Ruán, pp. 29-44.
- (1991): ARTE Y ARQUEOLOGÍA, *Historia de España dir. por R. Menéndez Pidal*, vol. 3, t. 2, Madrid.
- et al. (1968): *Notas sobre las basílicas de Manacor*, en Mallorca.
- y G. RIPOLL (1988): *Los godos en el occidente europeo. Ostrogodos y visigodos en los siglos V-VIII*, Madrid.
- PASTOR DÍAZ DE GARAYO, E. (1996): *Castilla en el tránsito de la Antigüedad al feudalismo. Poblamiento, poder político y estructura social. Del Arlanza al Duero (siglos VII-XI)*, JCL, Valladolid.
- PAZ PERALTA, J. A. (1991): *Cerámica de mesa romana de los siglos III al VI d. de C. en la provincia de Zaragoza*, Zaragoza.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1991): «Los broches de cinturones tardo-romanos y el inicio de la presencia germánica en la península ibérica», en *Codex Aquilarensis*, 4, pp. 63-135.
- POSAC MON, C., y R. PUERTAS TRICAS (1989): *La basílica paleocristiana de Vega del Mar (San Pedro de Alcántara, Marbella)*, Málaga.
- QUINTANA, J., P. MATESANZ e Y. GONZÁLEZ-CAMPOS (1991): «La rehabilitación del monasterio de Santa María de Wamba (Valladolid): arquitectura y arqueología», en *Simposio sobre actuaciones en el patrimonio edificado medieval y moderno (siglos X-XVIII)*, Barcelona, pp. 389-398.
- RAMALLO ASENSIO, S. F. (2000): «Arquitectura doméstica en ámbitos urbanos entre los siglos V y VIII», *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Anejos de AEspA, XXIII, 367-384.
- RAMALLO ASENSIO, S. F., y E. RUIZ VALDERAS (2000): «Cartagena en la arqueología bizantina en Hispania: estado de la cuestión», en *V Reunión d'arqueologia paleocristiana hispanica*, Barcelona, pp. 305-322.
- RASCÓN MARQUÉS, S., GARCÍA MORENO, L. (eds.) (1999): *Complutum y las ciudades hispanas en la antigüedad tardía: actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*, Alcalá de Henares.
- REYES TÉLLEZ, F. (1986): «Excavaciones en la ermita de Santa Cruz de Valdeate

- (Burgos)», en *I CAME*, v, pp. 7-27.
- y M. L. MENÉNDEZ ROBLES (1987): «Sistemas defensivos altomedievales en las comarcas del Duratón-Riaza (siglos VIII-X)», en *II CAME*, III, Madrid, pp. 631-639.
- RIPOLL LÓPEZ, G. (1985): *La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo)*, EAE, 142, Madrid.
- (1991): «Materiales funerarios de la Hispania visigoda: problemas de cronología y tipología», en *Gallo-romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne. Actes des VII Journées Internationales d'Archéologie mérovingienne (Toulouse, 1985)*, Ruán, pp. 111-132.
- (1998): *Toréntica de la Bética (siglos VI y VII)*, Barcelona.
- y ARCE, J. (2001): TRANSFORMACIÓN Y FINAL DE LAS VILLAE EN OCCIDENTE (SIGLOS IV-VIII): PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS, *Arqueología y territorio medieval*, 8, Jaén, pp. 21-54.
- e I. Velásquez (1995): *La Hispania visigoda: del rey Ataúlfo a don Rodrigo*, Historia 16, Madrid.
- RÍU RÍU, M. (1986): «Estado actual de la arqueología medieval en los reinos cristianos peninsulares», en *I CAME*, IV, pp. 425-472.
- (1989): *L'arqueologia medieval a Catalunya*, Barcelona.
- (1995): «Testimonios arqueológicos sobre poblamiento del valle del Duero», en *Despoblación y colonización del valle del Duero*, León, pp. 81-102.
- (1997): «La arqueología medieval en la España cristiana: estado de la cuestión», en *Bul. leti de la Societat Arqueologica Llu.liana*, 53, pp. 7-26.
- ROUCHE, M. (1985): «Wisigoths et Francs en Aquitaine», en *Bulletin de Liaison Association Française d'Archéologie Mérovingienne*, 9.
- RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1993): *Estudio histórico-arqueológico de Monte Cildá (Aguilar de Campoo, Palencia)*, Santander.
- SALVATIERRA CUENCA, V. (1990): *Cien años de arqueología medieval: perspectivas desde la periferia*, Granada.
- SCHLUNK, H. (1947): *Arte visigodo*, *Ars Hispaniae*, t. II, Madrid.
- SCHLUNK, H., y T. HAUSCHILD (1978): *Die Denkmäler der frühchristliche und westgotischen Zeit*, Maguncia.
- SORIANO SÁNCHEZ, R., y J. PASCUAL PACHECO (1993): «Aproximación al urbanismo de la Valencia medieval (de la baja romanidad a la conquista feudal)», en *Urbanismo medieval del País Valenciano*, Madrid, pp. 331-351.
- Spain. Estudis d'Antiguitat Tardana oferts en homenatge al professor Pere de Palol i Salellas*, Barcelona, 1996.
- STORCH DE GRACIA, J. J. (1997): «Avance de las primeras actividades arqueológicas en los hispanos-visigodos de la Dehesa del Cañal (Pelayos, Salamanca)», en *Los visigodos y su mundo*, Madrid, pp. 141-160.
- The Study of Medieval Archaeology. European Symposium for Teachers of Medieval Archaeology*, Estocolmo, 1993.
- TEDÀ (1990): *Lamfiteatre romà de Tarragona, la basílica visigòtica i l'església romànica*, Tarragona.
- The Transformation of the Roman World. AD 400-900*, Londres, 1997.
- ULBERT, T. (1978): *Frühchristliche Basiliken mit doppelseitigen auf der Iberischen Halbinsel. Studien zur Architektur- und Liturgiegeschichte*, Berlín, 1978.
- Urbanismo medieval del País Valenciano*, Madrid, 1993.
- URTEAGA ARTIGAS, M. (1987): «Sobre despoblados medievales en la meseta norte», en *II CAME*, Madrid, pp. 273-288.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (1991): «Arqueología medieval/arqueología islámica: un estado de la cuestión», en *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31, pp. 303-311.
- (1999) (ed.): *La península ibérica y el Mediterráneo entre los siglos XI y XII. III: el urbanismo en los Estados cristianos peninsulares*, Aguilar de Campoo.
- VALOR PIECHOTTA, M. (1993): «Medieval Archaeology in Spain: a short appraisal», en *The Study of Medieval Archaeology. European Symposium for Teachers of Medieval Archaeology (Lund, 1990)*, Estocolmo, pp. 105-112.
- Veinte años de Arqueología en España. Homenaje a don Emeterio Cuadrado Díaz*, Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 30-31, 1991.
- VELÁZQUEZ, A., E. CERRILLO, y P. MATEOS (eds.) (1995): *Los últimos romanos en Lusitania*, Cuadernos Emeritenses, 10, Mérida.
- VELÁZQUEZ SORIANO, I. (1989): *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, Murcia.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2000): Cabañas de época visigoda: evidencias arqueológicas del sur de Madrid. Tipología, elementos de datación y discusión, *AEspA*, 73, pp. 223-252.
- VILLANUEVA ZUBIZARRETA, O. (1999): «Estado actual de la arqueología medieval en Castilla y León», en *V Congreso de Arqueología Medieval Española*, AEAM-JCL, Valladolid.
- Les Wisigoths*, Dossiers Histoire et Archéologie, 108, Dijon, 1986.
- ACTAS DE CONGRESOS
- Colloque Européen de Professeurs d'Archéologie Médiévale, Tercer*, Caen, 1999.
- Coloquio Hispano-Italiano de Arqueología Medieval*, Granada, 1992.
- Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME) (Huesca, 1985)*, Primer, Zaragoza, 1986.
- Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME) (Madrid, 1987)*, Segundo, Madrid, 1987.
- Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME) (Oviedo, 1989)*, Tercer, Oviedo, 1987-1992.
- Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME) (Alicante, 1993)*, Cuarto, Alicante, 1993.
- Congreso de Arqueología Medieval Española (CAME) (Valladolid, 1999)*, Quinto, Valladolid, 2001.
- Congrés d'Arqueologia Medieval i Moderna de Catalunya (1998)*, Primer, Barcelona, 2000.
- Curso de Cultura Medieval, Primer*, Aguilar de Campoo, 1991.
- Jornadas Burgalesas de Historia. Burgos en la Alta Edad Media, Segundas*, Burgos, 1991.
- Jornadas internacionales. Los visigodos y su mundo*, Madrid, 1997.
- Jornadas sobre Minería y Tecnología en la Edad Media Peninsular, Primeras*, León, 1996.
- Jornadas sobre Santa Eulalia de Mérida*, Mérida, 1992.
- Journées Internationales d'Archéologie mérovingienne: Gallo-romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne (Toulouse, 1985)*, Séptimas, Ruán, 1991.
- Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispanica (Montserrat, 1978)*, Segunda, Barcelona, 1982.
- Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Jispanica (Mahón, 1988)*, Tercera, Barcelona, 1994.
- Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispanica (Lisboa, 1992)*, Cuarta, Barcelona, 1995.
- Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispanica (Cartagena, 1998)*, Quinta, Barcelona, 2000.